



LOLES LÓPEZ

Ámame

SIN MÁS

zafiro

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



A todas las personas que aman sin más

1

Paró el coche cerca de la revuelta; desde el interior se veía a una veintena de jóvenes manifestándose delante del Ministerio de Educación. Pablo miró con resignación a su amigo e inseparable compañero; aquello no era de su competencia, pero los altos cargos no querían llamar a los de antidisturbios, para no crear más animadversión hacia los políticos. Aunque él, y seguro que también su compañero, estaba de acuerdo con lo que aquellos chicos reclamaban a gritos, no podía hacer nada al respecto. Ellos acataban órdenes y ésta era muy explícita: debían disolver aquella marcha lo antes posible y sin incidentes. No estaban solos, tres coches más de la Guardia Civil aparcaron a su lado.

—¡No nos moverán! ¡No a los recortes en educación! —vociferaron al unísono los jóvenes.

Los transeúntes se arremolinaban ante los gritos de aquellos universitarios. Varias chicas allí reunidas no dudaron en despojarse de sus camisetas y enseñar sus atributos a la gente; querían que les hicieran caso y ésa era otra manera de llamar la atención. Los sargentos Medina y Rovira vieron aquella exhibición y, con sonrisas contenidas, fueron al maletero a coger varias mantas para taparlas.

—¡La educación es el poder, no nos despojéis de él! —seguían cantando llenos de frustración ante los recortes que iba a realizar el gobierno.

—Ya está bien, chavales. Debéis marcharos —anunció el sargento Rovira, mientras sus compañeros hacían lo mismo, al tiempo que se acercaban por distintos puntos para rodearlos.

—Venga, chicas, se acabó. Os tenéis que ir de aquí, no tenéis permiso para hacer esta manifestación —explicó el sargento Pablo Medina aproximándose a una de ellas; era rubia, con un bonito cuerpo.

—¡Quieto! —exclamó Elisabeth fuera de sí, al ver que se acercaba a

ella con la manta.

—Vamos, rubita, ya se han enterado los del ministerio. Ya saben lo que queréis; ahora tápate, que tenemos que dar un paseo hasta el cuartel —susurró en tono tranquilo. No era la primera vez que disolvía manifestaciones y sabía que debía mantener la calma.

—¡No me voy a mover de aquí! —gritó Elisabeth, mirando de reojo cómo a una de sus amigas se la llevaba un uniformado y maldiciendo interiormente; esto se les había escapado de las manos.

—Yo acato órdenes y nos han dicho que os tenéis que marchar. Tú eliges: ¿por las buenas o por las malas? —comentó en tono serio mientras abría la manta para intentar tapar el torso desnudo de aquella muchacha.

Pablo Medina la observó, era una preciosidad: tenía los ojos claros, a esa distancia parecían grises; su piel era muy blanca, parecía albina, y sus pechos eran perfectos, ni muy grandes ni muy pequeños, como a él le gustaban. Desechó esos pensamientos de un plumazo y se centró en su tarea, que era sacar a aquellas chicas del centro de las miradas de los transeúntes.

—¡Tendrás que llevarme a rastras! —amenazó ella con rabia sin achantarse—. Yo de aquí no me muevo —exclamó intentando huir de aquel hombre.

—Luego no me digas que no te di a elegir... —suspiró lleno de frustración.

Rápidamente el sargento Medina corrió en busca de la joven y la agarró; Elisabeth intentó zafarse, pero él era mucho más fuerte y no pudo evitar que le colocara la manta alrededor del cuerpo, atrapando también sus brazos; no podía moverse. Comenzó a gritar que la soltara y, con una seguridad aplastante, Pablo Medina la apoyó en su hombro aferrándola por las piernas; la cabeza de ella colgaba por la espalda del sargento, que sonreía satisfecho de su buen hacer; entre insultos y patadas de ella, se la llevó al interior del coche, para conducirla ante su superior.

El camino se le hizo eterno; sentada junto a su amiga Yolanda, en la parte de atrás del vehículo verde y blanco, no dejaba de pensar en las consecuencias de aquel acto. No hablaron en todo el trayecto, no quería que sus palabras pudiesen ser usadas para incriminarlas más.

Al llegar al cuartel de la Guardia Civil, los hicieron pasar a todos juntos a una sala de espera vigilada por varios de los uniformados que los

habían llevado allí. Poco a poco los iban llamando para que entrasen en el despacho del teniente, quien les hacía varias preguntas rutinarias y los fichaba.

—Elisa, estoy muerta de miedo... Como se entere mi padre, me mata —sollozó Yolanda. Seguían tapadas con las mantas; las camisetas habían desaparecido misteriosamente.

—No te preocupes, ya verás como no se entera... —susurró Elisabeth mirando de reojo a los sargentos.

—Yo no quería que pasara esto —murmuró su amiga con lágrimas en los ojos.

—Yoli, no te angusties ahora. Seguro que todo sale bien —musitó ella esperando que así fuera.

—La cara de esa chica me suena mucho, pero no la ubico —susurró Rovira a su buen amigo Medina, que se encontraba apoyado en una pared.

—¿Cuál de ellas? —preguntó mirándolas una a una; había siete en la sala.

—La rubita.

El sargento Pablo Medina la volvió a mirar; desde que habían entrado en el cuartel, sus ojos, instintivamente, se dirigían a esa muchacha tan peculiar. Le gustaba la frialdad de su mirada y el aspecto de dura que tenía; le encantó su osadía al enfrentarse a él, cómo peleaba por no ser arrestada. Nunca antes una chica tan joven se había rebelado contra su cargo y contra él. Era decidida y fuerte. Lo había impresionado.

—Que pase el siguiente —se oyó desde dentro del despacho, mientras salía un chico con una sonrisa dirigida a sus compañeros, que aún aguardaban a ser llamados.

Poco a poco fueron pasando todos, uno a uno; al acabar, se iban hacia sus casas. La sala, gradualmente, se fue vaciando; en ella quedaron sólo las dos chicas: Elisabeth y Yolanda.

—Que pase el siguiente —se oyó de nuevo desde dentro.

Yolanda se levantó y, tímidamente, entró.

Elisabeth observó aquella sala fría de colores tristes, y se topó con la mirada del guardia civil que la había cogido. Era alto, moreno y con los ojos oscuros, muy atractivo; enseguida desvió la vista. No comprendía por qué estaban allí, no habían hecho nada malo, únicamente reivindicar sus derechos. Al poco salió del habitáculo una llorosa Yolanda. Elisabeth se levantó corriendo para abrazar a su amiga.

—Cuando salga, te llamo, ¿vale? —le dijo dándole un beso en la mejilla.

Con paso firme, bajo la atenta mirada del sargento Medina, entró en el despacho para hablar con el teniente.

—Siéntese, por favor. —Le indicó la silla que había delante de la mesa—. Necesito su documento de identidad.

Elisabeth lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón vaquero y se lo dio.

—¿Es usted Elisabeth Orange-Nassau? —preguntó sorprendido al leer la identificación.

Ya estaba acostumbrada a aquella reacción; por eso, desde que llegó a España, siempre utilizaba el apellido de su madre y su nombre abreviado: Elisa. Necesitaba pasar desapercibida, ser una chica normal en ese país. No quería que empezaran a tratarla de manera distinta por ser quien era.

—Sí —murmuró con tristeza.

—Señorita, lo siento mucho, pero ha alterado el orden público y tengo que ficharla.

—No se preocupe, sabía a lo que me exponía.

—Lo que no entiendo es por qué ha hecho algo así.

—¿Y por qué no? —preguntó con seriedad.

—Yo no estoy aquí para juzgarla. Es usted mayor de edad y puede hacer lo que crea oportuno.

Después de formularle un par de preguntas más, tuvo que firmar un papel.

—Si quiere, le puedo decir a alguno de mis hombres que la lleve a su casa...

—No hace falta. Puedo coger un taxi —comentó Elisabeth levantándose de la silla.

—No quisiera que le pasara nada... —El teniente se angustió ante aquella posibilidad.

—No se preocupe, sé defenderme sola —dijo Elisabeth con seguridad.

—Por favor, insisto... No quisiera tener problemas...

—Como quiera; eso sí, le ruego que sea discreto, estoy aquí de incógnito y espero seguir así durante un tiempo.

—Por eso no se preocupe, señorita. Su secreto está a salvo conmigo; eso sí, le pido que, por favor, no altere otra vez el orden público.

—Lo intentaré. —Sonrió.

El teniente Rivas salió del despacho con gesto cansado y ligeramente preocupado; esperaba que aquel percance no llegara a la prensa; si no, aquella chica tendría serios problemas e incluso le podría salpicar a él. Esa clase de gente no se andaba con remilgos a la hora de culpar a unos o a otros.

—Sargento Medina. —El teniente Rivas llamó a su hombre de confianza justo cuando abría la puerta del despacho—. Acerque a la señorita a su casa. Ella le indicará la dirección.

—Sí, teniente.

Pablo Medina se asombró de la orden recibida. ¿Quién era aquella chica para que la Guardia Civil la llevara a su casa? No era una cosa habitual, pero se trataba de una orden de su superior y, como tal, debía acatarla sin preguntar. Salieron del cuartel los dos juntos sin decirse nada. Pablo se acercó a su vehículo y le abrió la puerta del copiloto a Elisabeth, quien, cogiendo la manta que le cubría el torso, entró con toda la dignidad que pudo.

—Dígame, ¿adónde la llevo, señorita? —preguntó arrancando el motor.

—A La Moraleja —susurró mientras se hundía en el asiento.

Pablo la observaba de reojo: estaba en silencio, mirando por la ventanilla con los ojos clavados en algún punto que no lograba adivinar. Estaba bastante intrigado y deseoso de bombardearla con preguntas, saber el porqué de aquel trato tan distinto hacia ella, pero tuvo que tragarse la curiosidad. Ante todo era un profesional y acataba sin rechistar las órdenes de su superior.

—Espero que su padre no se enfade con usted —comentó Pablo con amabilidad.

—No se lo voy a contar... —musitó ella mirando al frente.

—Usted no es de aquí —afirmó él mientras estaba atento a la carretera.

—¿Cómo lo ha averiguado? —preguntó la joven irónicamente.

—Uno que tiene buen ojo —dijo con una sonrisa.

—Soy del norte de Europa, estoy aquí para aprender el idioma.

—Pues lo habla muy bien... ¿Lleva mucho tiempo en Madrid?

—Sólo un año. Espero quedarme otro más, me gusta España.

—Pues quédese otro más —soltó mirándola furtivamente mientras

conducía.

—Si fuese tan fácil... Pero no dependo de mi voluntad —murmuró con una tímida sonrisa—. Ahora gire a la derecha en el próximo cruce — indicó al llegar a la urbanización más lujosa de la ciudad.

Elisabeth lo estuvo guiando hasta llegar a una casa de piedra, con una verja dorada, que encerraba un enorme jardín de césped perfectamente cuidado. El coche paró en la puerta principal; el sargento Medina salió del vehículo para abrirle la puerta, pero ella se le adelantó y salió por sí sola.

—Muchas gracias por acompañarme a mi casa, sargento Medina — dijo Elisabeth estrechándole la mano.

—No hay de qué, señorita —musitó pensando en la suavidad de la mano de ella.

Sacó del bolsillo del pantalón vaquero las llaves, abrió la verja y desapareció por el verde jardín. El sargento Medina supuso que aquella chica debía de tener unos padres adinerados, pues la casa donde vivía era enorme y, por lo que pudo ver, también lujosa. Se subió de nuevo al coche y volvió al cuartel.

2

Los días pasaron y con ellos llegó la tranquilidad de Elisabeth al saber que el incidente no había traspasado fronteras y no había llegado a oídos de su familia. Volvió a disfrutar de la rutina de ir a la universidad, quedar con los amigos y gozar de la vida. Temía que algún día su padre le dijera que esa pantomima debía acabar. Se propuso no volver a exponerse de nuevo a aquel tipo de cosas, pues el secreto de su identidad correría peligro, y esperaba continuar mucho más tiempo siendo Elisa Orange.

* * *

—¿Adónde me has traído, macho? —preguntó Jorge Rovira a su compañero y amigo, mientras entraban en la sala de una discoteca muy famosa de la ciudad.

—¿No querías conocer chicas? Pues estás en una fiesta repleta de ellas —dijo mirando a su alrededor.

—Pero tío, somos los abuelos del lugar, son todos universitarios.

—¡El abuelo lo serás tú! —exclamó Pablo con una sonrisa—. Somos jóvenes, amigo. Treinta años es la edad perfecta para disfrutar de la vida y de las mujeres.

—Tú has venido aquí para ver si vuelves a ver a la rubita del otro día —soltó Jorge adivinando las intenciones de su colega.

—Pero, Jorge, ¿no te parece extraño que Rivas me ordenara que la acompañara a su casa? Sé que la tía tiene pelás, porque la casa donde vive es una de las mejores de La Moraleja. Pero lo que más me extraña de todo esto es que, una chica como ésa, se ponga a manifestarse por los recortes de la educación. ¡Si ella puede estudiar en una universidad privada...! Todo resulta muy extraño.

—No creo que quieras volver a verla sólo por eso. A ti la muchacha

te ha gustado. La verdad es que está buena, un poco joven para mi gusto... —se quejó torciendo el gesto.

—Joder, tío. Esa chica tendrá ya sus veintidós cumplidos. Tampoco es tan joven.

—¿Y tú crees que la encontrarás aquí?

—Eso espero —susurró mientras paseaba la mirada por el local, buscando a esa rubia que no podía olvidar.

Durante todos esos días no había dejado de pensar en esa chica tan peculiar; no entendía varias cosas de su comportamiento. Su mente no paraba de recordarla... su mirada desafiante, su gesto frío y tranquilo; no era la típica muchacha, no era a lo que él estaba acostumbrado. Se estaba hartando de mujeres vacías y egocéntricas. Pablo creía, esperaba, que ella no fuese así. Algo en su mirada se lo decía y necesitaba averiguarlo, no pensaba quedarse con la duda.

* * *

—¡Elisa! ¡Corre, ven, que estos chicos nos invitan a chupitos! —gritó Yolanda al lado de la barra de la discoteca, mientras agitaba los brazos para llamar la atención de su amiga. Era menuda y morena, pero con su potente y afinada voz se hacía notar.

Elisabeth estaba bailando en la pista con unos amigos y oyó, por casualidad, la voz inconfundible de su compañera. Se acercó a ella y vio a unos sonrientes muchachos al lado de Yolanda.

—Sé simpática, me han dicho que nos invitaban a las dos —susurró Yolanda al oído de su amiga.

—Si soy la simpatía personificada, mujer —dijo ella con una forzada sonrisa observando a aquellos dos chicos que la miraban con atención.

—Hola, guapa, me llamo Javi y éste es mi amigo Rafa —se presentó el más alto de los dos, mientras se acercaba a ella para darle un beso en cada mejilla.

—Hola, me llamo Elisa —saludó con la mejor de sus sonrisas.

—Toma. —Javi le ofreció un vasito de chupito—. He pedido El sorpresa, no lo he probado nunca.

Elisabeth se fijó en que ellos ya habían elegido a la chica que les gustaba. Rafa se acercó a Yolanda, con la que hablaba animadamente, y a ella le tocó Javi: un chico moreno, de pelo largo hasta los hombros,

larguirucho y de quien lo que más destacaba era su prominente nariz.

—Dime, Elisa, tú no eres de aquí, ¿verdad?

Resopló, no sabía las veces que había contestado esa absurda pregunta. Se notaba mucho que no era española y no entendía por qué los chicos se lo planteaban siempre. Era rubia y su piel era blanca, casi albina. Sus ojos eran de un azul tan claro que a veces parecían grises, dependiendo de la luz. Por no decir que tenía un acento alemán que no se lo quitaba nadie. Pero nada, ellos erre que erre, que si no era de allí.

—¿Cómo que no? Si soy andaluza, ¿no se nota? —contestó con ironía. Javi se rio.

—Pues sí, sí tienes el salero andaluz —repuso siguiéndole el juego.

—¡Claro! *Ojú* —Intentó imitar el acento, pero le salió un poco extraño y se rieron.

—No te he visto por aquí antes, si no, te recordaría con toda seguridad. ¿Estás en la universidad?

—Sí, en la Complutense.

—No soy mucho de ir a esos sitios, pero la verdad es que, sabiendo que estás tú, me entran ganas hasta de matricularme —comentó Javi acercándose a ella; Elisabeth sonrió.

—Elisa, vámonos ya —le susurró Yolanda al oído. La miró fijamente diciéndole con los ojos que le hiciera caso.

—Javi, a ver si nos vemos otro día por ahí. —Le guiñó un ojo—. Muchas gracias por la invitación. Nos tenemos que ir, acabamos de ver a unos amigos que estábamos esperando —improvisó Elisa.

—¿Tan pronto? Bueno, ya sé dónde estudias, me pasaré por allí a verte...

—De acuerdo. —Elisa sonrió mientras Yolanda la arrastraba lejos de aquellos dos—. ¿Qué pasa?

—El pavo ese, que me ha dicho que nos vayamos a su coche a ya sabes qué —contó Yolanda indignada. Elisabeth se rio.

—Vamos a ver, no pasa nada. Si él te gusta y tú a él también, ¿qué problema hay?

—Yo no soy así, ya lo sabes. Primero tengo que enamorarme de alguien para dar ese paso.

—¿No me dirás que todavía eres virgen? —preguntó mientras salían a la calle y se quedaban un poco apartadas de la entrada.

—¡Pues sí! Y, mira, no me avergüenzo. Prefiero que mi primera vez

sea con alguien a quien quiera, no con el primero que me lo sugiera — soltó visiblemente enfadada.

—Si me parece muy bien, pero... Yoli, que ya tienes veintiún años... ¡Ya te toca saber lo que es! —exclamó con una sonrisa.

—Lo sé, pero es que aún no he encontrado a mi príncipe azul... —dijo ella apenada.

—Eso no existe. Sólo hay hombres así de perfectos en las películas o en las novelas románticas.

—Yo creo que debe de haber alguien por el mundo que esté hecho para mí y yo para él, y pienso encontrarlo.

—Bueno, pero hasta entonces, podrías divertirte con los sapos de la charca, ¿no? —bromeó.

—Eso te lo dejo para ti, Elisa. —Su amiga sonrió.

—¿Has visto? —preguntó aquélla sorprendida al ver el aparcamiento de la discoteca repleto de gente haciendo el botellón—. Yolanda, vámonos para dentro, que sólo nos falta que venga la Guardia Civil y nos vuelvan a arrestar.

—Chica, qué sensible estás ahora con ese tema. A ver si no vamos a poder estar en la calle.

—Por si acaso, nos metemos dentro y así no tentamos a la suerte —murmuró cogiendo el brazo a su amiga y volviendo al bullicio de la sala.

Tal como iban entrando, Elisabeth notó que alguien la aferraba del brazo y giró la cabeza para ver quién era. Estaban justo en la entrada, en el guardarropa.

—¿Quieres soltarme?! —exclamó Elisabeth irritada mientras se daba la vuelta para ver quién la agarraba.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó él con una irresistible sonrisa.

—¿Debería?—indagó ella intentando recordar aquella cara tan atractiva.

—Señorita, no cambio tanto sin el uniforme.

Elisabeth se quedó congelada al oír aquel *señorita*: era el guardia civil que la había cogido como si fuera un saco de patatas y después la había acompañado a su casa. Se sorprendió al comprobar lo atractivo que era; aquel día estaba demasiado nerviosa para darse cuenta de nada y menos para fijarse en el hombre que la había arrestado. Pero ahora,

mirándolo con detenimiento, concluyó que el uniforme no le hacía justicia; esa camiseta blanca pegada al pecho, marcando sus músculos, y esos pantalones vaqueros gastados le daban un aspecto de chico malo. Tuvo que controlar sus pensamientos, a lo mejor estaba allí por algún asunto laboral; tragó saliva y se armó de valor.

—No vendrás a detenerme otra vez, ¿verdad? —soltó con voz segura.

—¿Has hecho algo malo? —preguntó él aguantándose la risa. Pablo admiró lo bien que le quedaba ese vestido corto y el pelo recogido en una coleta muy alta.

—He sido buena, lo juro —informó ella.

—Tranquila, hoy no estoy de servicio —susurró el hombre con una sonrisa.

—Menos mal, qué susto me habías dado... creía que ibas de incógnito. —Miró aliviada a su amiga, que la esperaba a su lado—. Ella es Yolanda y yo me llamo Elisa, supongo que te acuerdas también de ella.

—Sí, claro —mintió; le sonaba la cara, supuso que también estaba el día del altercado.

Se saludaron y Pablo presentó a un incómodo Jorge deseoso de salir de allí. No le gustaba estar en aquel lugar, repleto de veinteañeros llenos de hormonas y con ganas de bronca, pero por Pablo hacía lo que fuera; eran amigos desde niños y muy a menudo se ayudaban con los ligues.

—Chicas, os invitamos a una copa —propuso Jorge echándole una mano.

—Claro. —Yolanda sonrió tímidamente, impresionada por él; le encantó el hoyuelo que se le marcaba al sonreír.

Los cuatro se encaminaron a la barra y pidieron las bebidas. Jorge, al ver que su amigo necesitaba intimidad, cogió a Yolanda y se la llevó a bailar. Ésta accedió encantada. Ya arreglaría cuentas con él; por lo que estaba haciendo aquella noche, le debería un gran favor.

—¿Qué haces en una fiesta universitaria? —preguntó Elisabeth intrigada.

—Mi amigo, que me ha traído a rastras. ¡Qué casualidad que nos hayamos encontrado!

—Sí. La verdad es que no te hubiera reconocido, cambias mucho sin el uniforme.

—Tú eres inconfundible —comentó él con una sonrisa irresistible.

—Claro, no hay muchas rubias platino por aquí —soltó dándole un buen trago a su bebida.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —planteó acercándose un poco más a ella, disfrutando de su perfume.

—Hazla, ya decidiré si te la respondo o no. —Le guiñó un ojo.

—¿Por qué una chica pudiente como tú está en una universidad pública y, además, se manifiesta en contra de los recortes?

—¿Por qué no?

—Eso no es una respuesta —susurró Pablo en tono serio.

—Digamos que no quiero seguir el legado familiar... Quiero hacer las cosas a mi manera, lo que me apetezca. ¿Te parece buena la respuesta ahora?

—Me parece perfecta y a la vez me sorprende.

—Entre tú y yo, ahora que no nos oye nadie... —se acercó a la oreja de Pablo—... me gusta ser diferente a mi familia —confesó con una pícaro sonrisa.

El tenerla tan cerca, el sutil roce de su piel, el dulce aroma de su perfume hizo que resurgiera en su interior la necesidad de tocarla; esto se le estaba escapando de las manos. Había ido hasta allí para hablar con ella y averiguar más cosas, pero sentía una fuerza incontrolable que lo empujaba a ella, a esa preciosa chica, a esa universitaria tan distinta de las demás; esto no era típico en él. Por regla general, debía quitarse de encima a las mujeres; su amigo y él eran unos conquistadores natos.

—¿Tan mala es tu familia que no quieres parecerte a ella? —preguntó mientras le acariciaba el brazo con suavidad, maravillándose con su tacto.

—No es eso, pero no quiero comportarme como ellos... deseo ser yo misma... sin que nadie me dicte lo que tengo que hacer —dijo sin apartar la mirada de aquellos ojos oscuros como la noche.

Pablo se acercó a ella y la besó, sin mediar más palabras; le gustaba esa chica, le atraía más que cualquier otra mujer que hubiese conocido. Elisabeth, al principio, se sorprendió al notar los labios de él, pero fue una delicia sentir aquella caricia. Lo cogió de la nuca y se estrechó más contra su musculoso cuerpo. Debía vivir el momento, no sabía hasta cuándo iba a poder comportarse de esa manera, no iba a reprimir algo que le apeteecía, aunque fuera una locura, pero ese hombre le atraía, no sabía si era por el morbo de ser quien era o porque la había arrestado días atrás, pero notar

sus labios sobre ella hizo que emergiera del fondo de su cuerpo un calor abrasador que lo envolvía todo. Pablo la saboreó con calma, disfrutando del roce de su lengua y de la suavidad de sus labios; era como si estuvieran solos en esa gran sala abarrotada de gente.

—Vaya, sargento, besas muy bien —murmuró Elisabeth rozándole el labio inferior con el dedo.

—Tengo más especialidades —dijo excitado.

—No lo dudo, por lo que he notado... —Recordó el bulto que había sentido contra su vientre.

Pablo cogió con ambas manos su cara y la volvió a besar. No quería que aquel momento terminara. Necesitaba sentirla junto a él, tenía algo que lo hipnotizaba.

—¿Vives solo? —preguntó Elisabeth en un suspiro.

—Sí. En un pisito en Carabanchel —comentó sin apartar las manos del cuerpo de la joven, rozándole con las yemas la desnuda espalda y maravillándose con la textura de aquella piel.

—Vamos —dijo cogiéndole de la mano.

—¿En serio? —preguntó sorprendido ante la decisión de la joven.

—Claro —respondió con una sonrisa—. Tu amigo podrá llevar a mi amiga a su casa, ¿verdad?

—Sí, seguro que no le importa —comentó Pablo esperando que así fuera.

Se acercaron a sus amigos, que bailaban en el centro de la pista. Elisabeth habló con su amiga, que estaba encantada de quedarse en compañía de aquel sargento tan simpático, y Pablo habló con un servicial Jorge, que le prometió que, esa menuda y alegre chica, volvería de una pieza a su casa.

Salieron los dos cogidos de la mano. Pablo la llevó a su coche; en el interior del humilde vehículo la miró, casi no creía lo que estaba viendo; llevaba pensando en ella desde que la vio en la manifestación, deseando conocerla mejor. Ahora la tenía a su lado; se volvió y la besó de nuevo con devoción.

—Si me sigues besando así, no sé si llegaremos a tu casa —susurró con coquetería.

—No me puedo resistir a tus encantos, princesa —dijo él guiñándole un ojo y poniendo el vehículo en marcha. Ella sonrió cuando vio cómo salía por las calles concurridas de Madrid.

Intentaron entablar una conversación mientras llegaban a su destino. Hablaron de cosas banales, sin profundizar demasiado y, al fin, aparcó el coche.

Elisabeth entró en aquel humilde edificio y subió en el ascensor. La tensión se palpaba en el aire. Pablo apretó el botón del tercer piso y el elevador se puso en funcionamiento. El estar allí los dos solos, encerrados en un espacio tan pequeño, hizo que el ambiente se cargara de electricidad. Se miraron con deseo. Pablo, sin poder remediar la atracción que sentía por aquella rubia, se acercó a ella y, cogiéndola por la cintura, la besó con intensidad, anhelo y excitación. Con las respiraciones alteradas, salieron del ascensor y giraron a la izquierda, donde se encontraba su apartamento. Lo abrió y dejó pasar a su acompañante; luego cerró tras de sí, encendió la luz y la miró fijamente: le preocupaba la reacción que podía tener ella, pues estaba acostumbrada a La Moraleja y su casa distaba mucho de ser lujosa.

Elisabeth se sorprendió al ver el interior del piso; se lo esperaba peor, mucho peor. Pero estaba muy bien cuidado y bastante limpio. Paseó la mirada y se fijó en que era pequeño pero estaba bien distribuido.

—No estarás acostumbrada a casas tan pequeñas —dijo él con una sonrisa mientras entraba en el salón, conteniendo las ansias de cogerla y volver a besarla.

—Está muy bien; ¿llevas mucho tiempo viviendo solo?

—Sí, unos cinco años. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, lo que tú tomes... —dijo sentándose en el único sofá de la sala.

Pablo se acercó con las copas, y le ofreció una, mientras se acomodaba a su lado. Elisabeth se la bebió casi de un trago; el whisky le ardía en la garganta, estaba nerviosa, no solía irse a casa de desconocidos. Pero había decidido que aquella noche iba a ir a por todas; al día siguiente debía lidiar con su padre: le había dicho aquella mañana que hablarían seriamente de un tema de suma importancia y no sabía cómo acabaría esa charla.

—¿Quieres otra? —preguntó Pablo al ver su copa vacía.

—No, gracias. —Sonrió, dejándola sobre la mesa del centro.

Elisabeth se acercó y lo besó. Pablo la cogió y la sentó encima de él, sin separar los labios de los de ella. Los besos se hacían cada vez más urgentes y más apasionados. Las manos de Pablo acariciaban el cuerpo de Elisabeth, palpando cada centímetro, percibiendo la suavidad de su piel

blanca bajo su mano. Ella estaba como en una nube, nunca la habían besado y tocado de aquella forma tan terrenal y pasional. De repente, Pablo se levantó del sofá con ella en brazos y se dirigió a su habitación. La depositó de pie, con cuidado, al lado de la cama.

Ella se quitó el vestido mientras observaba cómo Pablo se deshacía de la camiseta, mostrando sus perfectos abdominales; se quedó alucinada al contemplar el cuerpo del sargento; tuvo que tragar saliva... eso no lo veía todos los días.

—¿Tomas la píldora? —preguntó Pablo acercándose con deseo al verla en ropa interior.

—No.

—Espera, voy a buscar un condón —bufó mirando por los cajones de la cómoda—. ¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó ella viendo cómo se movía nervioso por la habitación.

—No tengo preservativos. Mira, voy un momento abajo, que hay una farmacia. Subiré enseguida. No muevas ni un pelo —dijo acercándose a ella y dándole un rápido beso en los labios.

—No tardes... —murmuró la joven con una sonrisa.

Pablo se volvió a poner la camiseta y salió de su casa como un relámpago. Elisabeth se tumbó en la cama; intentó ponerse en una postura sexi para que, cuando la viera, no hicieran falta más preámbulos; cambió varias veces de postura y al final optó por tumbarse de lado, con las piernas un poco encogidas para que lo primero que viese al entrar fuese su sugerente trasero.

—¿A que no he tardado? —preguntó él al entrar en su habitación.

Pablo sonrió al ver cómo su preciosa conquista se había quedado dormida en su cama; se quitó los zapatos y los vaqueros, se tumbó junto a ella y la tapó. Parecía que aquella noche no iba a conseguir nada más que dormir a su lado.

Lo despertó la luz que entraba tímidamente por las rendijas de la persiana y miró a su lado, buscando a esa rubia que lo tenía loco. Se levantó de un salto, no estaba en la cama. Se fue hacia el salón, al pequeño

aseo y hasta la cocina, pero no había ni rastro de su hermosa conquista. Al volver a su habitación, se dio cuenta de que había dejado una nota en la cómoda.

«Sargento, se me ha hecho tardísimo y me he tenido que ir. Lo siento por lo de anoche. No sé qué me pasó. E.»

Pablo maldijo para sí; se había ido sin despedirse de él.

3

—Medina, ¿qué tal la rubita? —preguntó Jorge Rovira, dentro del coche patrulla.

—Ya sabes que no hablo de mis conquistas —musitó Pablo con una sonrisa—. ¿Cómo te lo pasaste con su amiga? Parecía simpática.

—Muy bien. Es sorprendente lo madura que es para su edad.

—Espero que te portaras correctamente —dijo él a sabiendas de la reputación de ligón de su amigo.

—¡Ni un beso! Me comporté como un auténtico caballero, no como otros —insinuó el sargento Rovira; su compañero se rio—. ¿La volverás a ver?

—Eso espero... —susurró recordando la nota y la noche fallida.

* * *

Elisabeth y Yolanda salían de la universidad, después de una mañana fructífera. Iban hablando de la última asignatura que les había tocado; al mirar hacia la calle, aquélla se asombró al descubrir un coche de la Guardia Civil estacionado. Al verlo, empezó a notarse una especie de cosquilleo en el estómago. Sonrió al comprobar que, apoyado en aquel coche, un agente con gafas de sol de aviador la observaba desde la distancia. Elisabeth oyó cómo su nuevo amigo levantaba pasiones entre sus compañeras; no paraban de cuchichear acerca de lo atractivo y guapo que era, y más de una aprovechó para robarle una foto con su móvil, para luego compartirla en Facebook. Orgullosa de que fuera a ella a quien fuera a ver, se dirigió hasta donde estaba él, no sin antes comentarle a su amiga que se marchara sin ella.

—Debo de ser una chica muy mala para que la Guardia Civil me vigile tan de cerca —susurró con picardía, acercándose al sargento

Medina.

—Mala sí que has sido. No me ha gustado despertarme y no verte a mi lado —murmuró con seriedad; estaba imponente.

—Se me hizo tarde. A mí también me hubiera gustado despertarme contigo y terminar lo que comenzamos —musitó ella con coquetería.

—Me alegra oír eso; ya temía yo que, al verme esta mañana, te hubieras arrepentido.

—Estabas adorable durmiendo, que lo sepas —murmuró rozándole el brazo.

—Tengo dos horas libres, ¿has comido?

—No, ahora iba a casa a comer.

—Te invito, entra en el coche, que conozco un sitio fantástico.

—No puedo negarme a una invitación tan tentadora.

Se subieron, Pablo encendió el motor y salieron de allí; en menos de diez minutos llegaron a unos preciosos jardines. Durante el trayecto estuvieron hablando de la universidad, de la carrera que estudiaba ella y del buen tiempo que hacía ese mes de mayo.

—¿Adónde vamos a comer? —preguntó Elisabeth bajando del vehículo.

—Es una sorpresa —contestó él cogiendo una mochila del maletero.

Se adentraron por los cuidados jardines y Pablo se paró al lado de un pino, en un lugar discreto en el que podrían disfrutar de intimidad, donde no se veía mucha gente paseando por allí.

—A sabiendas de que no podrías rechazar mi oferta, he decidido comer al aire libre. He hecho unos bocatas —señaló sacando de la mochila dos bocadillos enrollados en papel de aluminio, bebida y algunos *snacks*.

—¡Me encanta! —exclamó ella con entusiasmo, mientras se sentaba en el mullido césped.

A Elisabeth aquella comida improvisada le fascinó; en aquel país estaba viviendo cosas que nunca hubiera imaginado que podría realizar. Se sentía libre, podía ser ella misma, sin medirse en las formas, sin estar bajo el foco de la opinión pública.

—Dime, aparte de estudiar para ser una famosa abogada, ¿qué te ha traído a Madrid? —preguntó Pablo antes de darle un mordisco al bocadillo de jamón serrano con queso.

—Siempre me ha gustado este país, debe de ser la calidez de sus

gentes y su clima. Me chifla poder salir a pasear mientras el sol me calienta, adoro tomarme una cerveza con una tapa en una terraza rodeada de mis amigos... Lo malo es que sé que esta aventura tiene fin. Me encantaría quedarme aquí para siempre y no tener que volver a mi país.

—Elisa, no lo hagas. Quédate —le propuso él cogiéndole con suavidad la mano.

—Me encantaría, Pablo, pero no es una decisión que dependa de mí.

—Elisa, no quiero que creas que voy detrás de todas las manifestantes que arresto. —Sonrió—. Si te soy sincero, me decanto por las mujeres un poco más mayores que tú... Pero, desde ese día que me miraste con tus ojos claros, sin ningún temor por lo que te pudiera ocurrir... me cautivaste.

—Vaya...—susurró ella perdiéndose en la oscuridad de la mirada de Pablo y maravillándose por lo que había escuchado; era la primera vez que le decían algo así de bonito sin saber quién era en realidad. Estaba acostumbrada a halagos, pero forzados, de esos que se hacen por el nombre de la persona y no por lo que es esa persona en realidad.

—Esta noche me gustaría volver a verte... Si quieres, claro.

—Claro que quiero —dijo Elisabeth con efusividad.

Terminaron de comer y pudieron descansar tumbados uno al lado del otro en la verde hierba. Conversaron de todo un poco. Pablo le explicó a Elisabeth que no era de Madrid; su familia vivía en Valladolid, pero le había salido trabajo en la capital y, desde hacía cinco años, estaba allí. No había ido solo, pues a su amigo Jorge también lo cogieron. Al principio vivían juntos en un piso compartido, pero la necesidad de tener intimidad hizo que cada uno se buscara un apartamento en el barrio de Carabanchel. No pararon de hablar, de reírse por cualquier ocurrencia de Pablo. Estaban muy bien uno junto al otro; descubrieron que tenían gustos afines: les agradaba correr por el parque, aunque lloviera o hiciera frío. Se les pasó el tiempo volando, y Pablo tuvo que llevarla a su casa, casi a regañadientes; no le apetecía nada apartarse de ella, era fascinante conocerla, escuchar su manera de hablar, dulce y con aquel acento alemán que lo encandilaba, pero el deber lo llamaba: debía trabajar. En el interior del coche, enfrente de la verja dorada de la casa de Elisabeth, se dieron los números de teléfono y Pablo le prometió que la llamaría cuando acabara

su turno, para poder verse aunque fuera un rato. Ella le dio un suave y rápido beso en los labios, abrió la puerta del copiloto y salió con mucho pesar. Antes de cerrar, le guiñó un ojo.

—Espero tu llamada, sargento —susurró con una sonrisa.

Pablo esperó a que entrara en la gran propiedad; cuando vio que se alejaba por el camino bordeado de césped, arrancó el coche y salió de aquella urbanización.

Después de una dura jornada de trabajo, Pablo llegó a su casa a las dos de la madrugada. Al final no había podido ver a Elisabeth, se le complicó el turno. Una llamada a última hora hizo que no pudiera salir a la hora prevista y le impidió quedar con esa universitaria que le quitaba el sueño. Le envió un mensaje diciéndole que acababa de llegar, se desnudó y se metió en la ducha. Mientras el agua le caía por la cabeza y el torso, pensó en ella, en su risa contagiosa, en sus ojos provocadores, en sus dulces labios... Después de una ducha relajante, se puso una camiseta y unos pantalones gastados, que usaba de pijama. Fue a la cocina y se preparó un sándwich, estaba hambriento. Se lo empezó a comer con ansias y, mientras daba el último bocado, tuvo que levantarse, ya que había sonado el timbre de la puerta. Se extrañó bastante, pues no esperaba a nadie a esas horas. Fue al telefonillo y, al oír quién era, esbozó una sonrisa.

—Sabía que era irresistible para ti —dijo con una sonrisita al verla en el umbral de la puerta.

Elisabeth se acercó a él y, sin decirle nada, lo besó con pasión. Pablo cerró la puerta y la estrechó contra su cuerpo. Aquella tarde finalmente había hablado con su padre, y estaba desesperada. No sabía cuánto tiempo permanecería aún en aquella ciudad, pero lo que sí tenía claro era que le quedaba poco, muy poco, para volver a su fría y triste vida. Estuvo en su casa, encerrada en su habitación, sin querer hablar con nadie, ni siquiera con Lewis, la persona que siempre la había cuidado y protegido. Lo único que deseaba era que su móvil se iluminara con la llegada del mensaje esperado. Necesitaba volver a verlo; él le hacía sentirse diferente y eso le gustaba.

El beso se volvió más intenso. Pablo la agarró por el trasero y la apoyó en la puerta mientras sus lenguas se acariciaban con anhelo.

—Agárrate bien, preciosa —le susurró al oído al tiempo que se iba con ella a su habitación—. Hoy no te daré opción a que te quedes dormida —sentenció con una sonrisa arrebatadora.

La dejó en el suelo, al lado de la cama, y le quitó la camiseta, mientras ella se despojaba de su vaquero. Se quedó mirándola unos instantes, reteniendo en su memoria aquella imagen tan tentadora... su pelo revuelto; sus labios hinchados y colorados de los besos recibidos, y sus ojos brillantes. Se quitó el pantalón y la tumbó en la cama debajo de él. La deseaba tanto... La besó por todo el cuerpo. Elisabeth jadeaba al notar la magistral lengua recorriéndola arriba y abajo; enloquecía a cada mordisquito. Cuando llegó a sus pechos, ella creyó morirse del placer al notar cómo los mimaba y los estrujaba.

—Quiero sentirte dentro ya —apremió jadeante Elisabeth. Pablo, al oírla, sonrió; él también lo estaba deseando.

De la mesita de al lado de la cama cogió un preservativo, se quitó los calzoncillos de una patada y se lo colocó. Ella lo miraba extasiada. Cuando lo percibió dentro, se sintió feliz y dichosa. Estuvieron gozando cada embestida; de pronto el ritmo fue cada vez más rápido y más profundo, y Elisabeth llegó a un maravilloso orgasmo. Al notar que ella había llegado al clímax, él también se dejó ir y cayeron los dos exhaustos.

—Buenos días, preciosa —musitó con suavidad Pablo cerca de su oreja.

—Mmm... ¿Qué hora es? —preguntó Elisabeth bostezando y mirándolo con adoración; en la habitación entraban los rayos del sol e iluminaban la estancia.

—Hora de desayunar —dijo Pablo con una sonrisa colocando encima de la cama una bandeja con el desayuno.

—¿Me has traído el desayuno a la cama? —Se asombró—. ¡Eres un cielo!

—Sí, me lo dicen mucho. —Sonrió mientras se sentaba a su lado—. Desayuna, que llegarás tarde.

—¿Tarde para qué? —preguntó ella dándole un sorbo al café recién hecho.

—Para ir a clase.

—¡Es verdad! —exclamó con un grito mientras miraba el reloj.

—¿Esta tarde tienes que ir a la universidad?

—No.

—Perfecto. Yo tampoco tengo que ir a trabajar. Prepárate, porque ¡vas a sudar!

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó sonriente.

—Voy a enseñarte mi sitio preferido. Ponte ropa deportiva. A las cinco estaré en tu casa —comentó él ilusionado.

—Estoy deseándolo.

Elisabeth no quería salir del coche, no quería que aquel sueño se esfumara con la realidad. Pero él debía trabajar y ella, estudiar; después de sus obligaciones volverían a verse... Con muy pocas ganas, salió del vehículo, no sin antes darle un apasionado beso a su guardia civil particular. Se dirigió, como todos los días, a la puerta principal de la universidad, recordando la noche pasada y el maravilloso desayuno compartido aquella misma mañana. Una sonrisa de felicidad enmarcaba su rostro. Se sentía dichosa y plena. Era completamente feliz por primera vez en su vida. Y esa dicha tenía un nombre: Pablo.

Las horas pasaron con bastante lentitud, pero llegó la esperada cita. Pablo paró enfrente de su casa; ella ya se encontraba fuera, preparada con su ropa deportiva: pantalones cortos de lycra negros y camiseta roja muy ajustada a su atlético cuerpo; el pelo, perfectamente recogido en una coleta alta. Éste, al verla, tragó saliva; tenía un serio problema con esa chica, le gustaba demasiado y no sabía si eso era bueno o malo. No acostumbraba a quedar tan seguido con sus conquistas, pero con ella era inevitable querer más y más. Con una sonrisa, que hubiese sido capaz de derretir el Polo Norte, Elisabeth subió al coche y le dio un beso largo y apasionado; estaba deseando verlo de nuevo. Condujo hasta las afueras de la ciudad, mientras ambos cantaban las canciones que ponían en la radio, reían y bromeaban de lo mal que entonaba uno u otro. Se dirigieron a una arbolada que conocía muy bien. Pablo dejó el vehículo cerca de la carretera y ambos se pusieron a correr hacia el interior de aquel lugar. Elisabeth se dejó envolver por aquel sitio; poco a poco, a medida que avanzaban en su marcha, los árboles los rodeaban cada vez más. Corrían por un sendero

bordeado de maravillosa vegetación silvestre; respirar el aire fresco y puro y estar acompañada por ese hombre que la miraba con dulzura hizo que se enamorara de ese lugar y de esa cita tan especial. Después de cuarenta minutos de marcha, llegaron a un mirador. Pablo se sentó en un banco de piedra próximo a ellos y sacó el agua. Los dos bebieron con ganas, estaban agotados y sudorosos después de la carrera. Elisabeth se sentó a su lado y contempló la espectacular vista que se divisaba desde allí. Estaban lo suficientemente arriba para poder ver la ciudad como si de una miniatura se tratara.

—Esto es precioso —musitó Elisabeth embelesada con el paisaje.

—Estaba deseando enseñarte mi lugar favorito —susurró él cogiéndole la mano.

—Gracias, nunca nadie había hecho algo tan especial para mí... Este sitio, el sonido de los pájaros, el aroma del viento y el estar aquí contigo... —murmuró emocionada.

—¿No salías con ningún chico en tu país?—preguntó Pablo extrañado de que a aquella atractiva chica no la hubieran bombardeado con flores, bombones y citas a la luz de las velas.

—Uf...—suspiró nerviosa con una tímida sonrisa—. Mi vida allí es totalmente distinta a la de aquí. Es como si fuera otra persona... En España he empezado a saber lo que significa estar viva, en Luxemburgo... bueno, me sentía como una marioneta.

—Vaya... ¿Eso por qué? —quiso saber Pablo asombrado.

—Mi padre... Él es un poco chapado a la antigua y no me deja ser como soy en realidad. Tengo un sinfín de normas. —Sonrió con ironía—. Por ponerte un ejemplo, si viera dónde estoy y con quién, me cogería del brazo y me alejaría de ti y de este lugar... —comentó con gran pesar.

—Menos mal que no está —bromeó él; no quería ver aquella tristeza en sus impresionantes ojos claros.

—Pablo —dijo ella de repente con decisión.

—Dime, preciosa.

—Y si... —Hizo una pausa, pensando si contarle la verdad o no—. Nada, era una tontería...

—¿Qué me querías decir? —preguntó él animándola.

—Cuéntame cómo llegaste a ser guardia civil —pidió con una sonrisa.

No se había atrevido; se sintió una cobarde en ese momento, pues

había perdido la oportunidad de ser sincera con ese hombre tan fantástico. Esperaba que algún día sería capaz de reunir el valor suficiente para contarle quién era en realidad. Esperaba que aquello no hiciera que huyera. Le estaba empezando a gustar mucho.

Después de volver caminando al coche, se fueron directamente a casa de Pablo. No querían que aquel día acabara, cada vez estaban más a gusto uno al lado del otro. Pero en el interior de ella crecía una angustia... quería contarle la verdad pero no sabía cómo.

—¿Te apetece una ducha? —preguntó Pablo mientras dejaba su mochila encima de la bancada de la cocina.

—Me encantaría —susurró ella contemplando cómo en ese momento se quitaba la camiseta y dejaba ver sus esculpidos abdominales. Elisabeth se mordió el labio: era irresistible.

—Ven, preciosa. Quiero enjabonarte todo ese lindo cuerpo, recorrerte con los dedos y la lengua y hacer que grites mi nombre, una y otra vez —murmuró mientras se acercaba a ella con una mirada lobuna; la cogió como aquel primer día en la manifestación: la apoyó en su brazo y, sujetándola del trasero, la alzó para llevársela hasta el cuarto de baño. Elisabeth reía encantada pensando en todo lo que le esperaba.

4

Se despertó con una sonrisa de felicidad; aquella noche no habían parado de amarse y de gozar una y otra vez. Eran insaciables y ella, esa hermosa rubia que yacía a su lado, lo había embrujado de tal manera que sólo deseaba salir del trabajo para poder estar a su lado. Miró cómo dormía, le quitó un mechón de pelo que le caía en la cara y la contempló.

—Mmmmm.... ¿Qué hora es, sargento? —ronroneó Elisabeth.

—La hora de volver a la vida normal.

—Pues, entonces, déjame un rato más que disfrute de este maravilloso sueño.

—Vamos, preciosa, debemos ponernos en marcha. Cuando acabes las clases, te recogeré y nos iremos, tú y yo, a pasear por El Retiro. ¿Te apetece? —comentó acariciándole con suavidad la espalda.

—Me encantaría —musitó la joven.

—¡Pues levanta el culo! —exclamó él dándole un cariñoso cachete en la nalga.

Como el día anterior, la dejó a las puertas de la universidad; cada vez se hacía más costosa la despedida. Tras un beso más que apasionado, Elisabeth salió del coche dedicándole una de esas sonrisas que tanto le gustaban. Antes de arrancar el vehículo, esperó a ver cómo entraba por la puerta.

Estacionó su Ford Focus azul en la zona reservada; con paso decidido, entró en el cuartel. Se sentía dichoso; aunque sabía que era una locura encapricharse de una chica bastantes años más joven que él, no le importaba. Ella era especial, lo hacía sentirse distinto, más vivo que nunca,

y aquello le gustaba. Estaba pletórico.

—Sargento Medina —dijo el teniente Rivas en cuanto lo vio entrar.

—Dígame. —Se acercó.

—Vaya de inmediato a la Universidad Complutense con el sargento Rovira. Acaban de llamar, parece ser que hay algún revuelo.

—Salimos enseguida —dijo nervioso, buscando con la mirada a su amigo.

Acababa de dejar a Elisabeth allí hacía un momento y no había visto nada extraño. Se angustió; en el pecho se le formó un nudo... esperaba, anhelaba, que ella estuviera bien. El camino del cuartel a la universidad se le hizo eterno, cosa extraña porque estaban muy cerca uno del otro; parecía que su amigo no supiera conducir ni acelerar. Estuvo a punto de arrebatarle el volante y ponerse a conducir él. Estaba nervioso, no sabía lo que se iba a encontrar. Lo peor de todo era que no tenía noticias de Elisabeth. La había intentado llamar, le había enviado mensajes, pero lo único que obtuvo fue silencio...

Al llegar al edificio, se extrañó al ver a tanta gente agolpada; tuvieron que dejar el coche una calle atrás, era imposible meterse con él. Salieron con decisión hacia la puerta principal, intentando abrirse paso entre la muchedumbre. En la puerta de acceso, los esperaba el rector.

—Por favor, acompáñenme —les dijo al ver a los dos uniformados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jorge Rovira, siguiendo a aquel hombre por los pasillos del recinto.

—Toda esa gente que ven son periodistas —explicó el rector con el ceño fruncido por la preocupación—. Pasen, por favor —pidió mientras abría la puerta de su despacho.

Al entrar, Pablo se encontró con la mirada preocupada y afligida de Elisabeth.

—Elisa. ¿Qué haces aquí? —preguntó sin saber muy bien qué pensar.

—¿La conoce? —planteó el rector asombrado.

—Por favor, ¿nos pueden explicar qué hacen tantos periodistas en la puerta y qué hacemos nosotros aquí? —preguntó sin entender qué tenía que ver ella en todo ese asunto.

—Pablo, escúchame, yo no quería que te enteraras así... —sollozó con gran pesar—. Te lo intenté contar ayer mismo, pero me acobardé... —Tomó aire para tranquilizarse, notaba su mirada expectante—. Esos periodistas están aquí por mí.

—¿Por ti? —inquirió extrañado.

—Sí. —Hizo una pequeña pausa y, mirándolo a los ojos, continuó—: Mi nombre completo es Elisabeth Orange-Nassau y soy la princesa de Luxemburgo.

—¿Princesa?! —exclamó mientras daba un paso hacia atrás, asombrado.

—Sí —susurró Elisabeth, y le dolió en el alma ver cómo la miraba ahora. Lo había engañado, lo sabía, pero había sido necesario para poder vivir una vida normal.

—Por eso me sonaba tu cara... —susurró Jorge Rovira, recordando que la había visto alguna vez en una revista del corazón.

—Nosotros no éramos conscientes de que entre nuestro alumnado hubiese un miembro de la casa real de Luxemburgo; si hubiese sido así, les aseguro que este incidente no habría tenido lugar. Están aquí para sacarla del recinto y llevarla a su casa, ahora mismo no puede continuar en la universidad; por su seguridad, debe irse —informó el rector sorprendido aún por la noticia.

—No se preocupe, está en buenas manos —dijo Jorge Rovira en tono profesional.

—Nos tiene que indicar las salidas de emergencia del edificio; debemos averiguar cuál está libre. Hay que sacarla enseguida de aquí, antes de que se enteren todos los alumnos —reaccionó Pablo Medina; ante todo era un agente competente de la Benemérita.

El rector sacó el plano de las instalaciones y les informó de las diversas posibilidades. Después, los sargentos fueron a comprobar si las salidas estaban despejadas, pero en todas ellas había algún periodista al acecho.

—No os preocupéis. Ya saben que estoy aquí dentro. Lo mejor será que salga lo antes posible, antes de que aparezca mucha más gente —musitó Elisabeth con tristeza; se le había acabado su libertad.

—Como quiera —aceptó Pablo Medina—. Prepárese, saldremos por esta salida. —Le indicó una en el mapa—. Tenemos el coche patrulla muy cerca de ahí, es la mejor opción.

Elisabeth se levantó de la silla donde estaba sentada y se acercó a Pablo.

—Confío en ti —susurró temblorosa rozándole el brazo.

—Vamos, entonces —terció Jorge Rovira, viendo el semblante pálido

de su amigo.

Salieron por una de las puertas laterales de la universidad; en la calle había cinco periodistas, que al verla salir no dudaron en hacerle preguntas y fotos sin cesar. Elisabeth únicamente sonreía y se agarraba fuerte del brazo del sargento Medina, que la llevaba casi corriendo hacia el vehículo. La ayudaron a entrar y subieron con prisas en el coche para conducirla a la gran casa.

Durante el trayecto, no hablaron. El sargento Medina, que le había quitado las llaves a su compañero, conducía velozmente por las calles de Madrid, pensando que la chica que esa mañana se había despertado a su lado era en realidad una princesa. Una princesa de verdad.

Al llegar a la propiedad, los dos hombres la acompañaron hasta la puerta de la entrada y esperaron a que ella estuviera dentro.

—¡Elisabeth!—exclamó Lewis, el mayordomo, mientras salía a recibirla—. Estaba muy preocupado por usted —dijo abrazándola.

—Estoy bien, Lewis —bufó la joven.

—Muchas gracias por acompañar a Elisabeth. Cuando venga el gran duque, le hablaré de ustedes —dijo Lewis lleno de gratitud.

—No nos dé las gracias, es nuestro trabajo —repuso Pablo Medina—. Espero que les vaya bien, nosotros nos vamos ya —se despidió al tiempo que se volvía y salía al jardín.

—¡Pablo, espera! —exclamó Elisabeth intranquila, avanzando unos pasos hacia él; no le había gustado el cambio que había sufrido Pablo, la trataba de manera distante.

—Dígame, princesa Elisabeth —murmuró mirándola a los ojos.

—No, no me hagas esto... No me trates con indiferencia. Necesito explicarte...Quiero que sepas la razón de que te ocultara la verdad. Yo quería que te fijaras en mí por lo que soy, no por ser una princesa. ¿No te das cuenta? ¡Esto es lo que quiere mi padre!

—¿Qué tiene que ver tu padre en todo esto? —escupió molesto.

—Te comenté ayer que era muy chapado a la antigua y no te imaginas cuánto... —Hizo una pequeña pausa y se acercó un poco más a él—. Pablo, por favor, que esto que acabas de descubrir no impida que sigamos conociéndonos. Ámame sin más, sin importarte quién soy, qué apellido tengo o quién es mi padre. Soy la misma, soy Elisa. Olvida que te menté; seré sincera contigo a partir de ahora, te lo explicaré todo, pero no me dejes así... —le susurró mientras le acariciaba un brazo.

—Lo siento, pero tenemos que irnos. No podemos tardar más. Adiós —dijo él en tono seco, apartándose de ella y saliendo de la propiedad, mientras a su lado caminaba su buen amigo y compañero, con el gesto contrariado y negando con la cabeza.

—Elisabeth, mañana llegará tu padre. Quiere hablar seriamente contigo —comentó Lewis mientras la acompañaba hacia el interior de la casa.

—Sí... Ya sé lo que me va a decir. Y no, ¡no quiero! No me voy a casar con el conde de Liechtenstein porque él me lo diga. ¡Quiero casarme por amor! —gritó con lágrimas de rabia en los ojos.

Estaba hundida. Su padre había concertado aquel compromiso hacía unos meses; ella era la última hija soltera y quería sacar provecho a su enlace, como había hecho con sus otros hijos. No quería ni oír hablar del amor. Decía que eso eran tonterías, que lo importante era afianzar el Estado, crear lazos internacionales. Sospechó de su padre, seguro que había sido él el causante de que la universidad se hubiese llenado de periodistas; él era capaz de eso y de mucho más para salirse con la suya. Aquel día que habló por teléfono con él, le indicó que su excursión a España debía acabar, le ordenó que tenía que volver a su país. Pero ella no quería, acababa de conocer a Pablo, aquel hombre que le hacía sentirse una mujer y no una cría. Recordó la cara que se le quedó cuando supo la verdad, la frialdad de su despedida. ¿Es que no habían significado nada esos maravillosos días vividos? Si fue él quien la buscó, ¿por qué ahora huía de ella? Todo se había ido al traste, todo por ser quien era: la hija del gran duque de Luxemburgo.

* * *

—¡Mierda! —exclamó Pablo dando un puñetazo a un saco de boxeo.

Aquella tarde, después de trabajar, se fue al gimnasio. Tenía que quemar toda aquella rabia contenida. En ese mismo momento debería estar con Elisabeth, paseando por el parque del Retiro, y no allí encerrado golpeando ese bulto negro.

—Como sigas dándole así, vas a romper el saco —observó con una sonrisa su amigo Jorge, que acababa de entrar.

—¡Joder! —exclamó propinándole una patada.

—¿Estas así de cabreado porque es una princesa o porque te ha mentido? —preguntó para hacerle hablar. Sabía que lo necesitaba y quién mejor para esa tarea que él.

—Estoy cabreado porque había creído conocer a una chica fantástica, que me hacía sentir cosas que nunca había sentido antes y ahora todo eso se ha ido a la mierda. Estoy jodido. Me he tenido que fijar en la princesita del cuento. Dime, ¿cómo acabará éste? Yo te lo digo: la princesita se irá a su país de las maravillas a casarse con un principito azul. ¡Y a mí me darán morcillas!

—Sí que te ha dado fuerte...

—Sé que es una locura, pero Elisa... digo, la princesa Elisabeth... ¡Joder! ¡Qué mala suerte tengo en la vida! —Dio un fuerte puñetazo al saco que hizo que se moviera de un lado a otro con fuerza—. No podía haber sido hija de un abogado o un carpintero. No, es descendiente de un rey... Estoy hecho un lío, Jorge... —susurró abatido, secándose con la toalla el sudor de la cara—. Esa chica me gusta, pero tengo claro que no puedo llegar a nada con ella.

—Eso no lo sabes. Fíjate en el Príncipe Felipe, se casó con una periodista divorciada. ¿Por qué no vas a poder tener una relación con ella?

—Es diferente.

—¡Qué va a ser diferente! Mira, si esa chica te gusta, ¿qué más da que sea princesa o frutera? Ve a por todas. A veces, la vida no da segundas oportunidades... —comentó Jorge.

—¿Qué quieres, que vaya a su casa y me ponga de rodillas delante de ella con un anillo en una caja de terciopelo negro? Esto no es un cuento de hadas. Esto es la vida real.

—Lo que espero es que, si Elisa es especial para ti, no la apartes de un plumazo por una nimiedad. Al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de ser quien es —expuso retándolo con la mirada. A veces su amigo era autodestructivo.

—Jorge, la conozco desde hace poco, poquísimo, sólo unos días... ¿Qué quieres que le diga?

—Tío, eso lo tienes que decidir tú. Yo sólo sé que me hiciste asistir a una fiesta universitaria para verla y que desde entonces no te has separado de ella... —comentó con una sonrisa.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño; en su mente veía la oscura y fría mirada de Pablo... Pero tenía otro problema, y mucho más serio: su padre. Elisabeth temía enfrentarse a él; era una persona muy tozuda que no atendía a razones y le daba miedo verse en un futuro casada con alguien que no amaba. Por la mañana, al bajar a desayunar, se topó con el temido encuentro. En el gran comedor se hallaba el gran duque de Luxemburgo, su padre. Al verla, le hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañara a la mesa. Era un hombre de complexión fuerte; el cabello lo llevaba perfectamente peinado hacia atrás y era del mismo color que el de su hija, pero a él se le empezaba a aclarar aún más, a causa de las canas. Sus facciones eran duras, serias; sus pequeños ojos eran azules y, cuando miraban, denotaban el poder que destilaba aquel hombre. Elisabeth se acercó y se sentó en el otro extremo. Se sentía cansada y su aspecto era deplorable: ojerosa y con los párpados hinchados de haber llorado.

—Buenos días, querida —saludó el gran duque.

—Buenos días, padre. ¿Qué tal el viaje? —preguntó con gesto serio y desganado.

—Cansado. Pero había que hacerlo. Ha llegado a mis oídos que te estás viendo con un español.

—¿Me ha espiado? —preguntó molesta.

—¿Qué pensabas? ¿Que te iba a dejar venir a España sin que supiera lo que estabas haciendo? No, querida. Tú eres una princesa, te guste o no, y tienes que comportarte como tal. Te debes a tu país y a tus obligaciones. Creo que todo eso se te ha olvidado, jovencita. También sé lo de la protesta; cuando me enteré, estuve a punto de hacerte volver.

—¿Y ha esperado a que sus espías me vieran con un chico para venir aquí?

—¿Es que no te das cuenta de que estás prometida con el conde de

Liechtenstein?

—Gracias por la información. ¡Ahora estoy prometida! —exclamó sarcástica.

—Ya sabías que vuestro compromiso estaba apalabrado, no me vengas con ironías. Como llegue a sus oídos que has tenido algo con ese español, te vas a enterar de quién es tu padre.

—¿Qué me va a hacer, padre? ¿Me va a desheredar? Porque, si es así, por favor: ¡hágalo ya! —repuso levantando un poco la voz.

—¡Elisabeth! —gritó el gran duque—. Eres mi hija. Quiero que tengas un futuro prometedor. Dime, ¿qué futuro te puede dar ese policía muerto de hambre? —preguntó en tono despectivo.

—¡Es guardia civil! —exclamó alterada—. Y él me puede dar un futuro feliz. He vivido con él cosas que nunca imaginé. Él me ve como soy de verdad, no como un trofeo, como un apellido. Él me ve como una mujer.

—¿Y dónde está ese hombre tan maravilloso? Porque, según me han informado, al saber la verdad, huyó —comentó con una sonrisa triunfal.

—¡Padre, no sabe nada! —vociferó ella a la vez que se levantaba de la silla.

—Elisabeth, siéntate ahora mismo. Todavía no hemos terminado de hablar —soltó el padre con furia en los ojos, apretando los dientes por la rabia de ver a su hija pequeña sublevarse en su presencia.

—No quiero oír más. Estoy harta de que imponga su voluntad. ¡Déjeme vivir mi vida!

—Te dejaré, querida. En cuanto te desposes con el conde de Liechtenstein, ya no me volveré a meter en tu vida.

—¡No me voy a casar con ese conde! ¿Me ha oído? ¡¡¡No!!! —gritó la joven con lágrimas en los ojos.

—Como no acates mi orden, se acabó el dinero, el lujo y las comodidades —amenazó el gran duque con la mirada fría y distante.

—¡Hágalo! No me importa nada de eso. Si es necesario cambiaré de identidad, haré lo que haga falta.

—¿Estarías dispuestas a perderlo todo por ese insignificante español?

—Estaría dispuesta a perderlo todo sólo por tener una oportunidad de enamorarme —soltó Elisabeth aún con lágrimas cayendo de sus ojos.

—Me sorprendes —musitó el gran duque.

—En sus manos lo dejo. Si aún continúa con la decisión de casarme

con ese conde, deberá cumplir su palabra. Ya me las apañaré. Mucha gente sobrevive con poco, es sólo cuestión de acostumbrarse —comentó Elisabeth con voz serena y semblante serio.

Salió al jardín para despejarse, dejando desconcertado a su padre; notar la calidez del sol la hizo sentir bien; ya había tomado una decisión y no se iba a echar atrás. Ahora le tocaba mover ficha a él. Se secó las últimas lágrimas derramadas; se había quitado un peso de encima, decirle todo aquello a su padre provocó que se encontrara mejor. Se sentó en un pequeño banco de piedra, al lado de unos rosales. No quería marcharse, había descubierto un país fascinante. Y, además, había otra cosa que la retenía allí: él. Quería volver a verlo, hablar con él y explicarle el porqué de su mentira. Cerró los ojos recordando la cara que había puesto Pablo cuando se enteró de que ella era una princesa. ¿Cómo era posible que estuviera más unida a ese hombre que acababa de conocer que a su propio padre? Si debía escoger, lo tenía claro, no hacía falta poner en una balanza los pros y los contras... Su familia siempre había estado pendiente del qué dirán y le daba igual lo que ella opinara. No sabía lo que era tener un padre normal; ella había vivido bajo cientos de normas, con la mirada inquisidora del gran duque en su espalda; nunca se le había permitido hacer nada, todo era revisado mil veces antes de que se tomara una decisión. Su madre... Ojalá hubiera estado su madre con vida, pensó apenada. Ella habría sido la única que la hubiera entendido y la hubiera ayudado. Pero hacía muchos años que los dejó solos; murió de un infarto cerebral cuando ella tenía diez años. Sus hermanos, todos varones, no reparaban en ella, era como si les estorbara su presencia. Vivir en Luxemburgo se había convertido en una tortura, todos los días igual... Lewis, el hombre que la había criado como a su propia hija, era el único que se preocupaba por su bienestar; por eso, cuando consiguió convencer a su padre de que la dejara estudiar en Madrid, no dudó en pedirle a Lewis que viajara con ella. Vivir en España había sido una liberación total. Poder ser ella misma, sin medir las palabras ni las formas... poder reír, saltar, bailar, llorar y ser feliz, sin más, sin dar explicaciones, sólo porque le apetecía. Y, sobre todo, poder amar, sin tener a los periodistas detrás de ella para saber con quién se veía y con quién no... ¿Por qué era tan injusta la vida? Ella odiaba ser princesa. ¿Por qué no podía elegir con quién pasar su vida?

Con gran pesar, se fue al interior de la casa, sin mirar dentro del

salón por si estaba su padre. Ya estaba todo dicho, ahora sólo le quedaba esperar.

Se despertó por la mañana sin ganas de nada; había pasado el fin de semana encerrada en la casa; no había recibido noticias de Pablo y eso la estaba matando por dentro. Su padre tampoco le había comentado nada de lo que habían hablado, parecía que se estuvieran evitando; desde aquella mañana no habían vuelto a coincidir. Se vistió como todos los días y bajó hasta el salón, donde le esperaba su desayuno.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó el gran duque mientras entraba en el salón y observaba cómo su hija devoraba con prisas una tostada.

—A la universidad —respondió desafiante.

—No, querida, a ti se te ha acabado lo de ir a clase. No es seguro que vayas ahora, todo el mundo sabe quién eres.

—En casa no me pienso quedar. Si lo prefiere, para estar más tranquilo, Roger puede venir conmigo —comentó con gesto serio, señalando al guardaespaldas que miraba cómo se bebía su café con leche.

—Jovencita, cuando acabes de desayunar te vas a ir arriba a preparar las maletas. En unos minutos salimos de este país.

—¡No! Ya le dije que no pienso renunciar a estar aquí. Aunque me desherede, no me importa.

—Elisabeth, tenemos que volver a casa. Mientras tú estabas jugando a enamorarte, a tu abuela le ha dado un infarto y está ingresada.

—¿Cómo?! —preguntó preocupada.

—Esta mañana me han llamado para comunicármelo, ahora mismo está en el hospital. Dicen que está estable, pero no podemos perder mucho más tiempo. Date prisa, en diez minutos quiero salir hacia el aeropuerto.

Se terminó sin ganas el desayuno y se fue hacia su habitación. Mientras iba echando en su maleta la ropa que se había llevado, en su pecho crecía un gran pesar. Sabía que debía viajar a Luxemburgo para ver a su querida abuela materna, el último vínculo que tenía con su madre, pero le entristecía irse así, sin haber podido hablar con ese guardia civil que había entrado sin llamar en su vida y en su corazón. Cogió su móvil y miró su número de teléfono. Debería llamarlo, por lo menos para comentarle que se marchaba... Un nudo en la garganta hizo que lo tirara encima de la cama, estaba a punto de ponerse a llorar. Pablo había hecho

su elección, no quería verla nunca más. No era tonta, podía captar la indirecta. No le había dado la oportunidad de explicarse, se volvió y se fue, sin más... Estaba triste y preocupada por la salud de su adorable abuela y por aquel hombre que había desaparecido de su vida sin más.

Con las maletas preparadas en su cuarto, bajó al salón y le comentó a Lewis que ya podían subir a recoger su equipaje. Éste agachó la mirada, imaginándose por lo que debía de estar pasando su princesa, la niña que había criado. Esperó sentada en el jardín a su padre. Quería absorber el calor del sol y el olor a césped recién regado. Iba a echar de menos esa casa, España y, sobre todo, a él. No tenía la menor idea de cuándo iba a poder regresar; ahora, sabiendo que no era importante para Pablo, seguramente no volvería en mucho tiempo. Cogió de nuevo el teléfono móvil, buscó en la agenda y llamó.

—¡Al fin, te he dejado miles de mensajes! —exclamó Yolanda desde el otro lado de la línea.

—Lo sé, Yoli, y lo siento muchísimo, pero no me apetecía hablar... —susurró Elisabeth con pena.

—¿Has sabido algo nuevo de Pablo?

—No... —bufó mirando al cielo. El día que se supo quién era ella, estuvo hablando con Yolanda durante horas; le contó todo lo sucedido con el sargento.

—¡Cuanto más mayor, más cabezón! —exclamó Yolanda desesperada por lo que estaba sufriendo su amiga.

—Ay, Yoli, te voy a echar mucho de menos... —murmuró conteniendo el llanto—. Me tengo que ir a mi país, mi abuela está en el hospital.

—¡Oh, vaya! Cuánto lo siento, Elisa. Espero que se ponga bien pronto. ¿Cuándo volverás? Porque volverás, ¿no?

—No lo creo... Quiero olvidarme de Pablo, de todo lo que siento por él, aunque tenga que estar bajo el mismo techo que mi padre. Sé que, si vuelvo aquí, iré a buscarlo e intentaré que entre en razón, y no quiero mendigar su amor, lo siento. Si él no puede aceptar quién soy, me fastidiaré y punto.

—Pero tú le dijiste a tu padre que te querías quedar en Madrid... —le recordó Yolanda.

—Sí, e iba a hacerlo, de verdad. Pero al enterarme de lo que le ha sucedido a mi abuela... No sé cómo explicártelo... —Hizo una pequeña

pausa mientras observaba cómo un pájaro bebía agua de un pequeño charco a su lado—. Sé que, cuando esté allí, me va a ser más difícil volver... Sé que la distancia me ayudará a olvidarme de él.

—¿Te casarás con ese conde? —preguntó Yolanda preocupada.

—¡No! Por supuesto que no. Prefiero mil veces que me desherede mi padre a casarme con alguien por conveniencia.

—Menos mal, creía que te había abducido el gran duque —bromeó Yolanda aliviada al oír eso.

—Te tengo que dejar, Yoli —informó al ver a su padre saliendo de la casa—. Seguiremos en contacto, ¿vale?

—Claro que sí. Espero que tu abuela se recupere pronto.

—Gracias, un beso.

—Otro para ti, más fuerte.

Con una triste sonrisa, colgó la llamada, se guardó el teléfono en el bolso y salió de la propiedad.

6

Después de quince días hospitalizada, a la abuela materna de Elisabeth le dieron el alta. Le hicieron mil pruebas para verificar que sólo se había tratado de un susto; los médicos le recetaron unas pastillas que se tenía que tomar todos los días, para que no volviera ocurrir. Aquellos días no había dejado a su abuela sola en el hospital, se había quedado con ella, día y noche, cuidándola. No había tenido tiempo ni de mirar el móvil; además, no tenía fuerzas para afrontar la realidad: no iba a recibir ninguna llamada suya, que era lo que anhelaba. Así que intentó desconectar de todo aquello centrándose en la recuperación de su abuela. Pero su mente y su corazón no estaban por la labor de ayudarla en esa empresa y no paraban de recordárselo continuamente. Aquella mañana, después de acompañar a su abuela a su acomodada casa, salió a pasear alrededor del precioso y gigantesco jardín de la gran casa ducal, mientras sus dos perros, *Tasky* y *Flapy*, corrían y saltaban a su alrededor. Empezaba a templarse el clima, se podía pasear con una camiseta fina de mangas largas; el viento soplaba con suavidad mientras Elisabeth miraba cómo jugaban sus mascotas. Recordó a su amiga Yolanda; tenía que llamarla, no era justo que no quisiera hablar con ella para evitar el tema que más daño le hacía en ese momento. Con paso decidido, volvió a la puerta de entrada del precioso palacio de piedra, una edificación antigua que había pasado de generación en generación. Acarició con suavidad las cabezas de sus queridos perros y entró en la casa; subió la escalera con rapidez hasta su habitación. Entró en la amplia estancia y se fue directamente hasta su cómoda y buscó por los cajones donde sabía que había dejado el móvil; los abrió uno a uno, rebuscando en su interior, pero no halló nada. Confusa y preocupada por no saber dónde lo había puesto, empezó a buscarlo por su espaciosa y lujosa habitación: el vestidor, repleto de prendas para todas las ocasiones; por los cajones de diversos muebles, llenos de accesorios y ropa interior;

en la mesilla de noche, donde guardaba el libro que estaba leyendo en ese momento y sus recuerdos. No lo encontraba por ningún sitio. Salió de la habitación en busca de Lewis; eso no era normal, ella juraría que lo había dejado en aquella cómoda, pero no estaba por ningún rincón de su habitación...

—Lewis —llamó mientras bajaba de nuevo a la planta inferior—. ¿Has visto mi móvil?—preguntó viendo que se acercaba a ella.

—¿Cómo? —balbuceó el hombre nervioso.

—No encuentro mi teléfono, ¿lo has visto? —reiteró observando que él no paraba de mirar en todas las direcciones.

—Eh... yo... princesa —tartamudeó aproximándose más a ella.

—Desembucha, Lewis —le pidió Elisabeth viendo que escondía algo.

—Su padre hizo que se lo quitaran de su habitación, no quería que se comunicara con nadie de España —susurró Lewis.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. Si Pablo no ha querido saber nada de mí desde el día que se enteró de la verdad. ¿Qué hay de malo en poder hablar con Yolanda? Es mi amiga y le tengo mucho cariño —dijo alterada.

—No grite, princesa. Se lo explicaré todo, pero en esta casa hay muchos oídos con ganas de escuchar —comentó Lewis bajando la voz.

—Quiero que me lo cuentes todo —le pidió Elisabeth.

—Esta noche lo haré. Ahora disimule, que su padre viene hacia nosotros —murmuró dejando a Elisabeth parada en medio del espacioso *hall*.

—Querida, esta noche tenemos visita. Quiero que te pongas de gala, es una persona muy importante —le comunicó el gran duque cuando estuvo cerca de ella.

—¿Qué se celebra? —preguntó extrañada; no recordaba haber visto en su agenda real ninguna cena para ese día.

—Una visita de un buen amigo. Deseo verte espectacular, debemos quedar bien con nuestro invitado.

—Por supuesto... —susurró—. Si me permite, me voy a retirar a mi habitación.

—Sí, puedes irte —dijo su padre caminando en dirección a su despacho.

Subió los peldaños de la escalera sin prisas, pensando en los motivos que tenía su padre para quitarle el teléfono, no lo entendía. Incluso él se había percatado de que Pablo no quería nada con ella. ¿Por qué ahora esa

sustracción? Estaba deseando que llegara esa noche para entenderlo todo, sabía que podía confiar en Lewis. Él nunca le mentiría.

Pasó la tarde encerrada en su cuarto, navegando por Internet con la esperanza de que su amiga también lo hiciera. Mientras esperaba, se puso al día en sus redes sociales, en las cuales usaba un pseudónimo. No hubo suerte, Yoli no estaba conectada. Debía arreglarse para la visita del amigo de su padre; le dejó un mensaje privado en Facebook, explicándole que no tenía su móvil, que su padre se lo había quitado. Añadió que volvería a intentar hablar con ella más tarde. Se levantó y se fue a ducharse; su habitación contaba con su propio aseo. Se quitó la ropa y se relajó debajo de la cálida lluvia transparente. Sólo le quedaban unas horas para saber la verdad.

Después de secarse el cuerpo y el cabello, se encaminó a su vestidor y eligió un elegante vestido rosa pálido con cristales de Swarovski que relucían con la luz. Se calzó unos preciosos Manolos plateados y se fue a ponerse un finísimo colgante Cartier de oro blanco con unos pendientes a juego. Se miró en el espejo que colgaba de una de las paredes; estaba espectacular, de eso no había duda, pero no se sentía ella misma. Era como si su padre jugara a las muñequitas: ponte esto y esto, y baja a sonreír a nuestro invitado. ¿Cómo iba a ser simpática y dulce si ni siquiera tenía ganas de mirar a la cara a su propio padre?

Salió de su habitación como una autómatas y bajó los escalones para dirigirse al gran salón, que sólo se usaba para celebraciones y fiestas varias.

—¡Oh, querida! ¡Estás preciosa! —exclamó con efusividad el gran duque al verla entrar en el salón.

No estaba solo: un hombre atractivo, próximo a los cuarenta años, la miraba con una sonrisa tatuada en la cara. Era alto, de cabello rubio, complexión atlética y ojos claros.

—Tenías razón, Philip, tu hija cada día es más bella —susurró el invitado sin apartar su mirada azulada de ella.

—Ya te lo decía yo, Henry. —El gran duque sonrió orgulloso—. Acércate, querida, y saluda a nuestro invitado.

—Es un placer conocerla, princesa Elisabeth, su padre ha hablado maravillas de su persona —comentó acercándose a ella; le cogió la mano y se la besó con suavidad sin apartar la mirada de ella.

—El gusto es mío —susurró la joven—. ¿Me puede decir con quién

tengo el placer de hablar? —preguntó cada vez más molesta por las miradas de su padre y de su amigo.

—¡Qué cabeza la mía! —exclamó el gran duque—. Querida, él es Henry, conde de Liechtenstein.

Un rayo la paralizó por completo: ¿su padre se había vuelto loco o no atendía a razones? Aquel hombre que tenía delante era su supuesto prometido. Se asustó; su progenitor le había tendido una trampa y ella había caído como una tonta.

—Vayamos a sentarnos, nos servirán la cena en breve —comentó el gran duque caminando hacia el lugar donde iban a cenar; el conde lo seguía y Elisabeth se quedó clavada en el suelo.

Respiró con profundidad, se tranquilizó y, con paso decidido, fue tras ellos. De su rostro se escapaba una sonrisa maliciosa.

—Querida, siéntate enfrente de nuestro invitado —ordenó el gran duque presidiendo la enorme mesa de madera noble perfectamente vestida para la ocasión.

Se sentó donde le había indicado su padre y colocó la servilleta de lino bordado con oro sobre su regazo.

—Henry se quedará unos días como invitado en nuestro palacio, tenía muchas ganas de conocerte... —comentó el gran duque mientras le hacía una señal a Lewis para que comenzaran a servir la cena.

—Elisabeth, te puedo tutear, ¿verdad? —preguntó Henry sin apartar su intensa mirada de ella.

—Por supuesto —contestó ella con una sonrisa forzada.

—He oído maravillas de ti, estaba deseando averiguar si todas eran ciertas —contó Henry con una sonrisa.

—No hay que hacer caso de las habladurías de la gente, nunca se sabe qué es cierto y qué no —murmuró Elisabeth.

—Por lo que veo, no han mentido respecto a lo hermosa que eres.

—Eso depende de los ojos que miren... —susurró la joven viendo cómo Lewis contenía la risa mientras colocaban jugosos manjares delante de ellos.

—Me ha comentado tu padre que estás estudiando Derecho, y me parece curiosa la elección de tu carrera. Me encantaría saber el porqué.

—Me gusta ayudar a la gente y sé que, siendo abogada, lo lograré.

—¿Tienes intención de trabajar? —preguntó sorprendido.

—Por supuesto, para eso estoy estudiando. Además, pretendo

independizarme dentro de poco y necesito dinero para eso —comentó Elisabeth con una sonrisa.

—No creo que tengas problemas económicos que te obliguen a trabajar por dinero. Además, en breve podrás dedicarte a eso que tanto te gusta de manera altruista; eso, para una persona de tu posición, sería lo más correcto —susurró el hombre con tono seductor dándole un trago al vino tinto que acababan de servirle.

—¿A qué te refieres con lo de «en breve»? —preguntó Elisabeth, que conocía ya la respuesta.

—Querida, Henry está aquí para hacer oficial vuestro compromiso matrimonial —informó el gran duque sin ápice de remordimientos.

—Henry, te agradezco que quieras satisfacer mis deseos de ayudar a la gente —susurró con dulzura Elisabeth; el conde sonrió al escuchar aquello—, pero debo declinar esta maravillosa propuesta, no quiero casarme contigo. No te ofendas, no es que me desagrades, pero no te conozco lo suficiente como para atarme a ti. Además, dentro de poco ya no seré tan buen partido: mi padre me va a desheredar y dejaré de ser tan interesante para ti o para cualquier otro duque o conde que pretenda casarse conmigo.

—¡Elisabeth! —exclamó horrorizado el gran duque por la insolencia de su hija. El conde estaba sorprendido por las palabras de ella y contenía la risa tras su copa.

—¿Qué ocurre, padre? Es la verdad. Ya hablamos de este tema y le dije lo que pensaba. Visto que sigue en sus trece y ha montado esta encerrona encantadora, aprovecho para informarle de que mañana por la mañana me marcharé de palacio —comentó con serenidad.

—¡Qué niña más malcriada! Perdóname, Henry, esto no debería estar pasando delante de ti, pero mi hija a veces me saca de quicio —se disculpó el gran duque avergonzado.

—Esto ha ocurrido por no prestar atención a mis exigencias. Ha sido un placer conocerte, Henry —dijo Elisabeth levantándose de la silla. El conde la miraba perplejo; nunca había visto a una princesa que se saltara el protocolo y las órdenes de su padre tan a la ligera.

—¿Adónde vas? ¡Siéntate ahora mismo! —gritó enfurecido el gran duque.

—Me voy a mi habitación y no, no me voy a sentar. Buenas noches, señores —soltó mientras salía del salón, con la cabeza erguida y paso

seguro.

Mientras subía la escalera, oía los gritos enfurecidos de su padre; ella sólo podía sonreír, no iba dejar que nadie jugara con su vida, no era una marioneta. Ya en su habitación, se quitó el vestido y se puso unos pantalones de tela anchos y una camiseta de lycra, se recogió el pelo en una coleta y, al pasar por delante del gran espejo, se miró de nuevo: ésta sí que era ella. Se volvió al oír que llamaban a su puerta; ésta se entreabrió sin esperar respuesta, era Lewis.

—Pasa y cierra —dijo Elisabeth con una sonrisa.

—Su padre está como un loco abajo —informó Lewis conteniendo la risa.

—Él se lo ha buscado. Ahora que se fastidie con lo que ha hecho. ¿Qué se creía que iba a hacer? ¿Callarme? Ni muerta —afirmó con seriedad.

—¿Qué tiene pensado hacer ahora? Sabe que yo sigo en esta casa por usted; si se va, yo me iré detrás.

—¡Oh, Lewis! No sé qué haría sin ti. Pero, vayamos por pasos, cuéntamelo todo.

—Se va a enfadar, pero él me obligó a estar callado, me amenazó con echarme de esta casa...

—No te preocupes, no sabrá que me lo has contado. Siéntate, Lewis, y habla —pidió Elisabeth sentándose en un sofá.

—Pocos días después de nuestra llegada, Pablo Medina se presentó en esta casa.

—¡¿Cómo?! ¿Pablo? —se asombró.

—Sí, el guardia civil que la ayudó a salir de la universidad... Intentó hablar con su padre, pero él no atendía a razones. Escuché cómo le decía que usted le importaba mucho y que quería seguir con usted a pesar de ser quien era. Su padre le habló muy mal, lo insultó y le dijo que estaba prometida con el conde de Liechtenstein y que se había ido a vivir allí con él, porque la boda iba a celebrarse en breve y debía prepararlo todo...

—¡Oh, no puede ser! —exclamó ella con angustia—. ¿Qué dijo él? ¿Qué cara puso?

—Al principio no se lo creyó, le pidió que le diera su número de teléfono para oírlo de su boca, pero el gran duque se negó, diciéndole que él no podía pedirle aquellas cosas, porque usted era una princesa y él un don nadie. Estuvieron varios minutos discutiendo. Pablo intentó averiguar

más cosas de usted, pero no obtuvo respuestas. Intenté, a hurtadillas, encontrarlo por la ciudad para contarle la verdad, pero ya se había ido...

—¡Oh, madre mía! —emitió con angustia.

—Lo siento mucho, Elisabeth. Debería habérselo contado antes, le hubiera ahorrado este mal rato. Pero no quería dejarla sola en esta casa...

—comentó Lewis con tristeza.

—No te preocupes —susurró ella mientras lo abrazaba con ternura—. Todo se arreglará. Mañana iré a buscarlo.

Por la mañana se levantó temprano, se preparó una pequeña maleta y bajó hasta la cocina. Allí la estaba esperando Lewis con una sonrisa y el desayuno listo. La noche anterior había reservado el billete de avión; aunque su fiel amigo intentó convencerla para acompañarla, ella le explicó que era mejor que él permaneciera en palacio, así sabría todo los movimientos de su padre.

—Cuando llegue a Madrid, llámeme —le pidió Lewis con pesar.

—Sí, no te preocupes. Cuando llegue me compraré un teléfono y lo haré.

—Espere un segundo, porque a lo mejor no hace falta que se compre un móvil nuevo —comentó con una sonrisita saliendo de la cocina.

Elisabeth se quedó sola en la estancia mientras se terminaba el desayuno; observó la cocina inmaculada y respiró el aroma de su taza de café intentando tranquilizar esos nervios que afloraban en su estómago. Ahora empezaba una auténtica aventura para ella: primero, salir de ese país sin ser reconocida, y segundo, encontrar a ese español que le quitaba el aliento.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó con mala cara su padre irrumpiendo en la estancia.

—Desayunando —contestó cortante.

—Tú no debes desayunar en la cocina, éste no es lugar para una princesa.

—Ya no soy princesa, padre —informó al tiempo que se terminaba el café de un trago.

—¿Seguimos con lo de anoche? —preguntó enfurecido el gran duque.

—Sí —dijo ella mientras se levantaba y dejaba la taza y el plato en el fregadero—. Usted lo ha querido. Le dije que no quería casarme con el

conde ni con nadie a quien no amara...

—Despierta ya, querida niña. Esto es la vida real, no existe el amor, ni los cuentos de hadas donde las princesas encuentran a su príncipe azul antes de la medianoche. Eso es una invención de las películas y las novelas rosa para que las chicas enamoradizas como tú, intenten buscar algo que en verdad nunca encontrarán.

—¿No amaba a madre? —preguntó molesta por sus palabras.

—Tu madre y yo nos casamos por conveniencia, nos quisimos después de un tiempo de estar casados...

—Yo sé que mamá le quiso, me lo dijo hace mucho. Pero, usted, creo que no sabe lo que significa esa palabra. Sólo se quiere a sí mismo y a su reino.

—Querida, tú no sabes nada. Me he preocupado siempre por vosotros, para que no os faltara nada. Para que, cuando yo no esté en este mundo, podáis vivir cómodamente.

—Pero, padre, no nos ha dado su cariño ni tampoco la opción de enamorarnos. Y eso no se compra con dinero... el amor surge de la nada; como una chispa de energía, hace que miremos la vida de manera distinta, nos hace sonreír sin motivos, nos hace ser mejores personas. El amor lo es todo. Sin amor el mundo se derrumbaría.

—Hija, esos sentimientos son fugaces, intangibles. No me sirven de nada. Lo veo absurdo.

—Para mí no lo es. Me voy, padre. Sé que se va a enfadar, sé que me repudiará. Pero no me importa. Quiero volver a ver de nuevo a ese español.

—¿Al policía?! —gritó enfurecido.

—Guardia civil —le rectificó molesta—. Sí, lo quiero. No sé qué ocurrirá, si llegaremos a algo más o no. Pero lo que sí tengo claro es que no me voy a quedar aquí pensando en lo que podría haber pasado o lo que no.

—Si sales por esa puerta, te quedarás sin privilegios: dinero, seguridad, nombre... —amenazó el gran duque.

—Lo sé y no me importa.

—Todo por un don nadie...

—No, todo por amor.

—Ya vendrás pidiéndome que te perdone. Esto saldrá mal y lo sabes.

—No, no lo sé. Pero le aseguro que, aunque salga mal, no me

arrepentiré de mi decisión. Hasta la vista, padre —se despidió Elisabeth antes de salir de la cocina.

Cogió su maleta y, mirando por última vez esa casa, se colocó una gorra negra para camuflar así su rubia melena, se puso unas gafas de sol grandes y salió.

—Elisabeth —susurró Lewis corriendo por el jardín tras ella.

—Creía que no iba a poder despedirme de ti. —Elisabeth sonrió mientras se detenía.

—Tome, lo he encontrado —informó dándole su móvil; ella lo guardó sin mirarlo siquiera, no quería que lo supiera su padre y ahí había demasiadas miradas curiosas.

—Gracias —susurró y le dio un tierno abrazo.

—Espero que sea muy feliz.

—Ya lo soy, Lewis —dijo liberada.

—Le he traído un poco de dinero...

—¡Oh, Lewis, no hacía falta! —exclamó sorprendida y cogió el sobre blanco que el hombre le ofrecía.

—Sí, sí que hace falta. Sin esto no va a poder moverse. Su padre estará ya anulándole las tarjetas. Yo le iré ingresando dinero hasta que pueda trabajar.

—No sé qué haría sin ti —murmuró emocionada.

—Corra, mi niña. Vaya en busca de su destino y de ese chico que está loco por usted. —La empujó para que se marchara.

Elisabeth lo miró por última vez, a él sí que lo echaría de menos. Se ajustó la gorra y salió a las calles de Luxemburgo. Lo más complicado era salir de allí sin ser reconocida, después de aquello todo sería más sencillo. Caminó con aparente tranquilidad; cogería un taxi un poco más lejos de la gran casa ducal. Tenía la sensación de que la gente la miraba e intentaba que su cara casi ni se viera... pero luego pensó que debían de ser cosas suyas porque nadie la paró por la calle. A dos manzanas del que había sido su hogar, llamó a un taxi desde una cabina telefónica cercana. En unos minutos el coche la recogió y la llevó a su destino. Miró el reloj, iba bien de tiempo, el aeropuerto sólo estaba a cuatro kilómetros de la ciudad. Durante el trayecto estuvo tentada de mirar el teléfono, pero decidió hacerlo cuando llegara; no quería mostrar ningún tipo de sentimiento delante del taxista, necesitaba evitar ser descubierta.

Pagó el viaje y se encaminó a facturar su equipaje dentro de la

terminal; era la primera vez que viajaba totalmente sola y de incógnito. Estaba asustada. Sabía que había mucha gente que quería a la realeza, pero también los había que la detestaban. Se puso en la cola, como una más, a esperar su turno. Sin poder evitarlo, miró a toda aquella gente, intentando averiguar si alguien sabía quién era ella en realidad. Cuando llegó su turno, intentó cambiar su voz y dio un pasaporte falso. Tenía claro que eso era ilegal, pero no podía dar el verdadero. Se lo había conseguido Lewis, quien, haciendo de tripas corazón, se había adentrado en barrios poco recomendables para poder hacerle ese gran favor a su princesa. La azafata, sin vacilación, le facturó el equipaje y le entregó su tarjeta de embarque.

Quedaba una media hora para que llegara el vuelo. Se sentó cerca de la puerta de embarque y encendió su teléfono móvil. Se encontró con que tenía más de veinte llamadas perdidas de Pablo y otras tantas de Yolanda, además de mensajes de texto y whatsapps. En todos ellos decían lo mismo: que querían saber de ella, que necesitaban hablar con ella... Su corazón se aceleró; habían estado preocupados por ella todos esos días, mientras ella estaba en el hospital con su abuela creyendo que lo había perdido para siempre, pensando que ser quien era lo había alejado para siempre de su vida. ¡Qué equivocada estaba! Todo había sido una estrategia perfecta por parte de su padre, para que no se enterara de los sentimientos reales de él. Una lágrima amenazaba con salir; intentó tranquilizarse, ya estaba poniendo remedio a eso. Llamó a Pablo por teléfono, pero no le daba línea... ¡Su padre le había cancelado la línea! Estuvo a punto de estrellar el aparato al suelo, a causa de la frustración. Pero ¿qué esperaba? El gran duque se lo había dicho muy claro. Todo se acabaría si se marchaba... Suspiró resignada, tenía que acostumbrarse a aquello. Guardó el teléfono. Estuvo tentada de buscar una cabina telefónica, pero tuvo que rechazar la idea; pensar en escuchar su voz a miles de kilómetros de él era angustiante, prefería esperar a que su vuelo llegara lo antes posible.

Las horas dentro del avión parecía que no pasaban. Estaba harta de tener puesta la gorra y las gafas de sol, deseaba pisar suelo español para poder desprenderse de todo aquello. Le dio tiempo a pensar en lo extraña que era su familia: su padre estaba más pendiente de su pueblo que de sus hijos; en cuanto a sus hermanos, cada uno iba a su propia conveniencia, sin reparar en nada más. Su abuela materna era con la que tenía más afinidad, pero era una mujer que necesitaba su propio espacio para pensar,

no le gustaban mucho las muestras de afecto, pero aun así la quería por ser la madre de su madre... la única a quien quería de verdad y que, por desgracia, los había dejado bien temprano... Sabía que su vida no habría sido igual si ella hubiese estado entre ellos; la gran duquesa hacía que todos, sus hermanos y su padre, se sentaran alrededor de una mesa para comer en familia... Desde que falleció no habían vuelto a reunirse todos juntos. Mucha gente desearía ponerse en la piel de una princesa, pero no sabían realmente lo que significaba. Veían la parte bonita de eso: los bailes, los vestidos, las fiestas, el dinero... Pero su vida siempre había estado vacía de amor, de afecto, de atenciones. Siempre se había sentido sola... El único que le había dado afecto era su querido Lewis, el mayordomo; éste no se había casado y no tenía familia y, cuando llegó ella a la gran casa, se desvivió por esa niñita rubia que le sonreía todo el rato. A su lado se sentía una más.

El avión aterrizó a las dos horas en el aeropuerto de Barajas. Bajó con un nudo en el estómago, estaba deseando ver de nuevo a Pablo para poderle decir lo importante que era para ella. Esperó su maleta y salió de allí con una sonrisa; de nuevo estaba en ese país que tanto le gustaba. Cogió un taxi y le dio al conductor la dirección de la casa del guardia civil; era domingo por la mañana y esperaba encontrarlo allí.

El tráfico era fluido y pudo llegar a ese barrio humilde en el tiempo deseado; pagó la carrera y se desprendió de su gorra, liberando, al fin, su cabello rubio. El corazón le latía a toda velocidad, iba a verlo. Pensaba decirle la verdad, que lo quería. Se acercó a la puerta que daba acceso al interior del edificio y se asombró al comprobar que estaba abierta; sin vacilar y con el corazón a punto de salirse del pecho, subió al ascensor y le dio al botón indicado para poder llegar a esa casa de la que guardaba tan buenos recuerdos. El elevador se abrió y se puso delante de la desgastada puerta de la casa de Pablo. Respiró hondo para poder tranquilizarse; ya estaba allí, iba a poder volver a abrazarlo, a saborear de nuevo sus labios carnosos y a perderse otra vez en la profundidad de su mirada oscura. Con la mano temblorosa, tocó el timbre y esperó con una sonrisa en los labios; estaba a punto de volar de felicidad.

—¿Quién eres? —preguntó una chica morena al abrir; iba vestida sólo con una camiseta de hombre, sus pies estaban desnudos y su pelo, alborotado.

—Eh... —titubeó Elisabeth comprobando que no se había equivocado

de puerta—. ¿Y tú? —susurró mientras se le caía el mundo encima.

En ese momento oyó pasos detrás de esa morena y apareció Pablo, con el torso desnudo y subiéndose los bóxers; iba despeinado y llevaba una maravillosa sonrisa que, al ver a Elisabeth, se contrajo. En dos pasos llegó hasta la puerta.

—Mónica, ¿puedes dejarnos unos minutos solos? —musitó Pablo a esa atractiva joven sin apartar los ojos de Elisabeth; la chica le sonrió y, antes de irse hacia el interior del piso, acarició con las yemas de los dedos el pecho de Pablo y le dio un sensual beso en la mejilla mientras observaba de reojo la reacción crispada de Elisabeth.

—Veo que te he pillado en mal momento —dijo ésta molesta.

—Espera, Elisa. ¿Qué haces aquí? —preguntó Pablo con gesto serio agarrándole la mano; ella se soltó de una sacudida.

—No me toques, ¿vale? —escupió enfadada—. Creía que te ibas a alegrar de verme... pero me he equivocado.

—Pensaba que te ibas a casar con ese conde, no entiendo qué haces aquí... —murmuró confuso.

—¡Sorpresa! —exclamó ella con ironía—. Mi padre te engañó, yo nunca acepté ese matrimonio. Pero eso ya da igual, veo que has aprovechado el tiempo en mi ausencia. —Señaló enfadada hacia el interior de la casa.

—¡Joder, Elisa! Fui a verte para poder hablar contigo, para que volviéramos juntos... Tu padre me echó de tu casa y me dijo que te ibas a casar con ese hombre y yo... —explicó tragándose la rabia que sentía—. Te he llamado un millón de veces y no he conseguido más que tu silencio. ¿Qué querías que pensara?

—¡Que te vaya bien, Pablo! —se despidió con tristeza.

—Elisa, no. Espera —suplicó saliendo al rellano y cogiéndole, de nuevo, la mano.

—Te he dicho que no me toques —dijo alzando la voz con rabia mientras lo empujaba—. Escúchame bien, español engreído. No quiero volver a verte nunca más, no quiero oír tu nombre nunca más y menos tu voz. ¡Olvídame! —soltó mientras se volvía y bajaba corriendo por la escalera.

—¡Elisa, por favor! —la llamó Pablo en vano—. ¡Joder! —gritó lleno de frustración golpeando con la pared con el puño.

Elisabeth salió corriendo a las calles soleadas de Madrid; tranquilizó el paso cuando comprobó que no la seguía nadie. Estaba a punto de romper a llorar, pero no podía hacer eso, debía calmarse. Se sentó en el banco de un parque cercano y cerró los ojos. Debía pensar qué iba a hacer; había ido hasta allí para reencontrarse con él, para poder seguir viviendo su preciosa historia, pero... Tragó saliva, estaba claro que se había equivocado. Se había formado una idea errónea de él, creía que era distinto, que era alguien especial. Al final era como todos, sólo pensaba con la entrepierna. ¡Se había acostado con otra! Tanto que la quería, tanto que decía que ella era especial... No entendía por qué había hecho aquel viaje tan largo para poder hablar con ella, pues le había demostrado con su acción que ella no le importaba. Si él la quisiera de verdad, si él supiera en realidad cómo era ella, habría sabido perfectamente que nunca se hubiese casado con alguien a quien no amaba. Pero, claro, Pablo no la conocía... Se levantó de aquel banco abatida; no podía ir a otro lugar, en ese país sólo tenía confianza en dos personas. Ahora sólo en una: Yolanda. Cogió un taxi y le dio la dirección de la casa de los padres de su amiga; no tenía a otra persona a quien recurrir y necesitaba hablar, necesitaba explicar aquello que la ahogaba por completo.

Sin darse cuenta llegó a la puerta de Yolanda; había hecho el trayecto como una zombi, sin ver ni oír ni sentir nada.

—¡Yoli! —exclamó al verla cuando abrió la puerta.

—No puede ser —murmuró ésta emocionada abrazando a su amiga.

—¡Cuánto te he echado de menos! —expresó Elisabeth mientras se le resbalaban las lágrimas sin poder reprimirlas.

—Anda, y yo, que te he llenado el móvil de mensajes y llamadas— dijo emocionada Yolanda—. ¿Qué te pasa? —Se preocupó al verla en aquel estado.

—Perdóname, mi padre me quitó el móvil y hasta hoy no he visto las llamadas perdidas... —le explicó entre hipos.

—Venga, entra y cuéntame qué te ocurre —susurró Yolanda mientras la abrazaba y se adentraban en su casa.

La llevó directamente a su habitación y, cuando cerró la puerta, entre sollozos, le explicó lo que acababa de presenciar.

—No me lo puedo creer —musitó Yolanda ofreciéndole otro pañuelo.

—Créetelo... —susurró con pesar.

—Escúchame, Elisa, esto debes saberlo, debes ser consciente de por todo lo que ha pasado Pablo. Cuando te fuiste vino a la universidad a buscarte; al no verte, se angustió mucho y me confesó que se sentía mal por haberse comportado como un imbécil cuando se enteró de quién eras en realidad. Estaba hecho polvo, te lo puedo asegurar, estaba arrepentido por haber tardado tanto en darse cuenta de sus sentimientos hacia ti. Desde ese día empezamos a llamarte; Pablo me telefoneaba de vez en cuando para saber si yo tenía alguna novedad, pero era como si se te hubiera tragado la tierra. Por eso decidió irse a Luxemburgo, le carcomía la culpa, quería seguir contigo... Me confesó que te quería y que haría lo que fuera por estar a tu lado otra vez. Volvió peor de como se había ido... Estaba roto, hecho trizas; se culpaba de tu matrimonio, y parecía un loco cuando le nombrábamos a ese conde o ese enlace... Hace días que no sé nada de él, la verdad. Desde que supo aquello, tiró la toalla y abandonó la idea de que algún día podría estar contigo —le explicó Yolanda—. La verdad es que no entiendo cómo ha llegado a hacer eso. Estaba loco por ti, en serio. Era maravilloso ver cómo se notaba que te quería...

—Es sencillo, Yoli: Pablo era un sapo con piel de príncipe... —bromeó Elisabeth—. Es mejor así, prefiero enterarme de esto ahora que dentro de unos años, cuando me duela más. Él ya está con otra chica, ya me ha olvidado... Se nota que sus palabras se las ha llevado el viento, que todo lo que ha hecho ha sido efímero.

—¡Cuánto lo siento, Elisa! —dijo Yolanda abrazándola.

—Yo también lo siento, creía haber encontrado al amor de mi vida. —Sonrió con pesar—. Yoli, ¿puedo quedarme aquí unos días? Ya no puedo volver a la que era mi casa, mi padre me ha quitado todos mis privilegios.

—Claro que sí. El tiempo que te haga falta.

Pasó una semana para olvidar. Todo lo que veía le recordaba a él, era como rememorar aquella mañana una y otra vez. En su cabeza se reproducía la imagen de aquella atractiva morena, cómo lo tocaba y rozaba con sutileza los labios en aquel rostro que adoraba... Por las noches lloraba en silencio, destrozada por sus sueños rotos, por aquello que había creído que podía ser y que al final no fue. Se sintió estúpida por todo eso; ella pensaba que era diferente, que no era una persona fácil de enamorar, que podía manejar ese tipo de situaciones. Pero se equivocó, se sentía mal, perdida en ese país que tanto le gustaba, a un paso de poder ver a ese hombre que amaba tanto y que tanto la había herido. Aprovechó para adquirir otro teléfono móvil y así poder hablar cuando quisiera con Lewis. Echó varios currículos por la ciudad; esperaba poder trabajar en algo pronto, pero todavía no había recibido respuesta. No le gustaba depender de su buen amigo.

—Elisa, no seas tonta. Te va a venir bien salir un poco. Estás encerrada en esta casa desde el domingo pasado. ¡Te recuerdo que hoy es sábado! —exclamó Yolanda con voz cantarina.

—No me apetece salir, Yoli... —murmuró tumbada en la cama de su amiga.

—No digas tonterías. Anda, ponte guapa que vamos a darnos una vuelta por ahí. Hazlo por mí, *porfa* —suplicó en tono lastimero—. He quedado en verme con alguien en ese pub y necesito tenerte cerca para sentirme segura.

—¿Una cita? —preguntó con una sonrisa.

—No es una cita, es un encuentro más bien —explicó Yolanda nerviosa.

—Cuéntame más de ese encuentro. ¿Quién es él? ¿Lo conozco?

—Sí —susurró mordiéndose el labio.

—¿Quién es? —preguntó cada vez más intrigada.

—Jorge... —le dijo avergonzada.

—¿Qué Jorge? —preguntó sin caer en quién era.

—El amigo de Pablo —le informó

—¿El guardia civil? —planteó incrédula.

— Sí... Espero que no te moleste, pero vino a verme hace unos días y, bueno, me dijo que me invitaba a una copa el sábado.

—Esto no será una encerrona, ¿verdad? —quiso saber ella temiéndose algo por parte de su amiga.

—No, Elisa. No vas a ver a Pablo, tranquila... —murmuró con tristeza.

—No quiero verlo, ¿de acuerdo?

—Lo sé. No es nada de eso. Te lo prometo. Vamos a ir a un pub donde estarán nuestros compañeros de la uni, podrás quedarte con ellos. No hace falta ni que veas a Jorge, si no quieres. Pero te necesito allí, tengo miedo...

—¿Por qué tienes miedo?

—Es mucho hombre para mí. —Yolanda sonrió.

—Ay, Yoli, ¡si tú puedes con eso y mucho más! Vale, iré contigo —claudicó levantándose de la cama mientras se reía por la ocurrencia de su amiga.

Las dos chicas se pusieron guapas: se maquillaron, se peinaron y se vistieron con cortísimos vestidos. Salieron de la casa. Elisabeth intentó animarse, no quería arruinarle la noche a su compañera. Se fueron a una zona de pubs muy conocida de la capital; entraron en uno que, como le había dicho Yolanda, estaba lleno de compañeros de la universidad. Esperaba que nadie se acordara de su secreto... Se fueron a la barra y pidieron sus bebidas. Con la copa en las manos, empezaron a bailar al son de la música del momento. Cada minuto que pasaba se sentía más libre, más contenta de haber salido aquella noche... comenzaba a divertirse. Al rato, Yolanda la dejó, acababa de llegar su cita. Elisabeth lo vio desde lejos, lo saludó con la cabeza y continuó bailando rodeada de sus compañeros, a quienes parecía que no les importaba que ella fuera una princesa, incluso alguno bromeaba con eso.

—Elisa, ¿eres tú? —preguntaron detrás de ella. Al volverse, sonrió; se acordaba de aquel chico.

—¡Hola, Javi! —exclamó con efusividad dándole un par de besos.

—Creí que no ibas a acordarte de mí —dijo él con una sonrisa.

—Claro que me acuerdo de ti, me invitaste a un chupito aquella noche en la discoteca —comentó Elisa.

—Te he buscado por la universidad, pero no he tenido suerte. ¿Qué es de tu vida?

—¿No te has enterado? —preguntó sorprendida de que su secreto siguiera a salvo.

—¿De qué? —preguntó Javi extrañado.

—Me tocó volverme a mi país, mi abuela se puso mala. Pero ya está bien. —Disimuló lo mejor que pudo; si podía seguir con su anonimato, mejor.

—No tenía ni idea. —Javi sonrió—. Me alegro de que ya estés aquí. ¿Has vuelto a clase?

—Ojalá. Hasta el curso que viene no podré hacerlo. Problemas familiares, ya sabes.

—Me lo puedo imaginar. Me alegro de volver a verte —dijo Javi rozándole el brazo con las yemas de los dedos.

—Yo también me alegro. —Sonrió encantada por el encuentro.

—Te invito a una copa, esto hay que celebrarlo —comentó acercándose más a ella.

Elisabeth sonrió encantada y se dejó llevar hasta la barra por él. Vio a su amiga y a Jorge, que la miraban sorprendidos. Ella les dedicaba una de sus mejores sonrisas. También tenía derecho a estar con otros chicos, ¿no? Javi la cogía de la cintura, mientras pedía al camarero unas copas. Elisabeth se dejaba llevar intentando olvidar aquel dolor que la angustiaba.

—¿Quieres aflojar el ritmo? Me vas a matar —resopló Jorge mientras corría por el parque del Retiro junto a su inseparable compañero.

—¿Sabes algo de ella? —preguntó sin aminorar el paso.

—Sí, pero lo que sé no te va a gustar... —contestó entrecortadamente.

—¿Está bien? —preguntó con el rostro demacrado por todas aquellas malas noches.

—Sí, está mejor; aunque sigue sin querer verte. Le tiene prohibido a su amiga decir tu nombre...

—Sé que la cagué, y a base de bien —comentó resentido.

—Elisa ha empezado a salir con otro chico, Pablo... —le informó.

—¡Joder, me cago en la puta! —soltó cabreado deteniéndose—. Me lo merezco, sé que me lo merezco. Por ser un auténtico imbécil, por no haber hecho más, por haberme acostado con esa tía. Pero, Jorge, te juro que creía que ella se iba a casar con otro. Estaba mal, lo sabes... y conocí a esa chica en un bar, fue sólo un polvo. No ha significado nada para mí... Ni siquiera la he vuelto a ver.

—Lo sé, tío. Sé que estás jodido desde entonces.

—Soy un desgraciado. Cuando la vi delante de mi puerta, creí morirme. Ella había venido a verme y yo me estaba cepillando a otra. Soy lo peor, un asco de hombre, una escoria. Merezco estar solo toda mi vida y que ella sea feliz sin mí.

—No empecemos, Pablo. Sé que no lo bordaste, pero tampoco sabías que ella no se iba a casar con ese conde. No te fustigues más. Lo que tienes que hacer es pensar en cómo la vas a recuperar. Te gusta, eso nadie lo puede dudar. No te rindas ahora, no te rindas por un niño que se ha fijado en ella. Lucha por lo que quieres, lucha por esa rubia.

—Dime, ¿qué hago? No quiere verme ni hablar conmigo. ¿La ato y la

obligo a que me perdone? Esto es una mierda y cada vez estoy más metido en ella.

—Debemos pensar en algo, en alguna situación en la que ella no pueda salir huyendo y que te permita explicarte.

—Dime la verdad, Jorge, ¿cómo es ese chico?

—Un niñato, Pablo...

Los días pasaban y con ellos la inquietud de Pablo crecía. Para desprenderse de aquella frustración, no cesaba de hacer ejercicio: se machacaba en el gimnasio y daba largos paseos corriendo. Entretanto, su amigo y Yolanda intentaban tramar un plan para volver a juntarlos. Hubo muchos, que Pablo rechazó al ver lo poco efectivos que resultarían; sólo tendría una oportunidad y, si fracasaba, lo perdería todo.

—Ponte guapo, colega —comentó Jorge mientras Pablo abría la puerta de su casa.

—¿Para qué? —preguntó haciéndolo pasar.

—Macho, hemos encontrado el plan perfecto para que tu princesa te escuche. —Sonrió con satisfacción.

—A ver, suelta prenda.

—No, es una sorpresa. Date una ducha y cámbiate de ropa, que vamos a reconquistar a una rubia.

—Miedo me das —dijo mientras se iba hacia el único aseo de su casa.

Después de una ducha rápida y de ponerse su mejor vaquero y su camiseta de la suerte, salieron a la calle. Jorge había llevado su coche, y Pablo se subió poco convencido de lo que iba a hacer, pero no perdía nada por intentarlo.

—¡Qué original, Jorge! —exclamó Pablo mientras entraba—. No había caído yo en traerla a un bar para invitarla a un refresco —comentó con gesto serio mientras ocupaban una mesa vacía al fondo de aquel local.

—Es que no es un bar cualquiera, tío. Aquí trabaja tu rubita. —Señaló con la cabeza hacia la barra.

Una sonrisa se le dibujó en la cara cuando la vio: ahí estaba, tan guapa como siempre. La notó un poco más delgada, pero debía de ser por el estrés del nuevo empleo. Esta vez su amigo se había lucido, estaba claro que era el lugar perfecto para hablar con ella; debería escucharlo quisiera o no, pues no podía abandonar su puesto de trabajo con cualquier excusa.

Pablo estuvo observando sus movimientos; se veía que estaba nerviosa, no controlaba aún el oficio ni los procedimientos. El bar estaba cerca de las facultades; por lo tanto, muchos estudiantes iban a almorzar o a comer allí después de clase. La decoración era sencilla y bastante rústica; gracias a dos grandes ventanales, la estancia se llenaba de luz natural. Al final, Elisabeth se dio cuenta de su presencia. Su rostro se paralizó con una mueca y se sonrojó mientras apretaba la mandíbula. No había otra camarera, sólo estaba ella para atender todas las mesas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Elisabeth de malas maneras cuando estuvo cerca de ellos.

—Veníamos a tomarnos unas cañas —informó Pablo con una sonrisa—. No sabía que trabajabas aquí.

—Pues ya lo sabes —le dijo mientras tomaba nota en su bloc—. ¿Dos cañas entonces?

— Sí —susurró frenando los deseos de cogerla y besarla.

Elisabeth se dio la vuelta y volvió a la barra; Pablo no perdía detalle de sus movimientos, sabía por Jorge que el padre de ella le había cerrado el grifo cuando se negó a casarse con ese conde. La admiró por ser tan tenaz y no importarle ponerse a trabajar como la gente de a pie. Con las bebidas en una bandeja plateada y un platito con aceitunas, se dirigió de nuevo hacia ellos. No iba muy deprisa; Pablo sospechó que no quería que se le cayera nada al suelo.

—Aquí tenéis —comentó Elisabeth dejando lo solicitado en la mesa.

—¿Eres siempre tan simpática con todos tus clientes? —preguntó Pablo mirándole a esos ojos claros como el cielo.

—Soy simpática con quien a mí me da la gana —cortó.

—Quiero hablar contigo, Elisa... —murmuró.

—No hay nada de lo que hablar, Pablo. Ya está todo dicho —sentenció molesta dándose la vuelta y volviendo a la barra.

—Joder, ¡qué carácter tiene la rubita! —exclamó Jorge entre risas.

—No sabes lo que me gusta cuando se pone así —susurró sin quitarle la vista de encima.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jorge viendo cómo su amigo se levantaba de su asiento con la cerveza en la mano.

—He venido a hablar con ella, ¿no? —Le guiñó un ojo mientras se dirigía hacia ella.

—¿Ahora qué quieres? —soltó molesta mientras dejaba un trapo con

el que estaba secando los vasos.

—Es que no me gusta la cerveza con tanta espuma —informó con seriedad.

—¡Trae! —dijo quitándole el vaso de la mano y dejándolo sobre la encimera de detrás del mostrador.

Cogió otro vaso y, tumbándolo mucho, empezó a echar de nuevo la cerveza.

—Aquella chica no era nadie, sólo ocurrió esa noche... —comenzó a decir Pablo; Elisabeth apretó la mandíbula al oírlo—. Estaba mal, hecho una mierda, creía que te ibas a casar con ese hombre y yo no podía hacer nada por evitarlo. Ella fue mi distracción, aunque no sirvió de nada, porque siempre has estado latente en mi mente. Sé que te hice daño y me culpo por eso todos los días. No fue mi intención, créeme. He sido un gilipollas contigo, no he sabido decirte desde el primer momento que me gustas seas quien seas. Me da igual que tengas sangre azul o roja, lo único que sé es que, cuando no estoy a tu lado, una parte de mí se marchita. Tú haces que esté vivo, que tenga ganas de salir a la calle con una sonrisa. No sé lo que me has hecho, princesa, pero estoy rendido a tus pies.

—Aquí tienes. —Le tendió el vaso con la cerveza con gesto serio—. No hace falta que me des explicaciones, eso ya no importa; tómate la cerveza y sal de mi vida.

—Por favor, dame otra oportunidad. Sé que te puedo hacer feliz, sé que tú y yo congeniamos en todos los sentidos —le suplicó Pablo.

—Ya es tarde para eso, salgo con un chico maravilloso y soy muy feliz a su lado —informó Elisabeth.

—Espero que te vaya bien con ese chico... —musitó Pablo dolido—. Aun así, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea. Puedes llamarme a la hora que quieras o venir a mi casa...

—Gracias, pero no, gracias —soltó volviéndose y siguiendo con su tarea.

Pablo, con gesto cansado, regresó a la mesa donde Jorge lo esperaba; por la cara que llevaba, sabía que la oportunidad de volver con esa chica se había esfumado.

No sabía qué era peor: ser consciente de que podía tener alguna oportunidad con ella o, como ahora, haberla perdido por completo. Estaba

mal, nunca antes una mujer lo había rechazado con esa frialdad. Los días pasaron entre el trabajo y el gimnasio. No hacía otra cosa y su amigo se preocupó, no era bueno seguir en esa línea. Debía cambiar la mentalidad, dejar de perseguir ese caso perdido. Debía pasar página cuanto antes.

—¿Qué vas a hacer luego? —preguntó Jorge mientras caminaban hacia el coche patrulla; ya habían acabado su turno y volvían al cuartel.

—Nada —susurró levantando los hombros.

—¡Macho, es sábado por la noche! Las churris se mueren de ganas de pillar a un uniformado y llevárselo a la cama —le comentó con una sonrisa.

—Me la sopla que sea sábado. Como si es lunes. Y no me hables de mujeres, voy a estar un tiempo un poco alejado de ellas —comentó serio.

—Joder, tío, qué raro te estás volviendo. Si eres el ligón del barrio, no puedes dejar vacante ese puesto para cualquier panoli que pase por ahí.

—Me retiro, Jorge. Paso ya de las mujeres, de sus problemas y de toda esa mierda. ¡Estoy harto! Cansado de pensar en ella y cabrearme por hacerlo. Me estoy volviendo loco, tío. Esto está acabando conmigo. Yo no era así. Me ligaba a una tía diferente cada fin de semana. Podía pasar página con rapidez, sin ni siquiera mancharme la camisa. Ahora parezco un llorica.

—Menos mal que te lo dices tú todo —bromeó Jorge—. Es una mala temporada, Pablo. Además, ya sabes el dicho: un clavo saca otro clavo —le dijo mientras le guiñaba un ojo.

—No me apetece...

—Anda, macho, no me jodas hoy. Mi churri se va de noche de chicas y no quiero quedarme solo en casa —murmuró dándole un codazo.

—Se te ve bien con Yoli... Me alegro, se nota que es buena chica.

—Es mejor que eso, chaval —comentó con una sonrisa llena de picardía.

—Anda, guarro, no me cuentes nada más. Una copa, ¿eh? Nada de bailes ni discotecas ni nada por el estilo.

—Prometido —aceptó Jorge contento.

Después de dejar el coche, se fueron a sus respectivas casas a cambiarse. Quedaron en una pizzería del barrio donde cenaron y luego se fueron de copas.

—¿Adónde me has traído? —preguntó Pablo extrañado al no reconocer ese local.

—Es un pub que han abierto hace poco, la música es tranquila y la gente viene a sentarse, a hablar con sus colegas mientras se toma una copa. ¿Te gusta? —explicó Jorge avanzando por el local.

Estaba iluminado con baja intensidad, pero lo suficiente para ver los rostros de la gente; la música que se oía eran éxitos internacionales del *rock*. Llegaron a una mesa alta con dos taburetes a los lados y se sentaron allí. Pablo observó el establecimiento, todo giraba en torno al *rock & roll*, le gustaba aquello. Había gente de todas las edades que, como ellos, disfrutaba de una buena cerveza o de alguna copa.

—¿Qué quieres tomar? Te invito —dijo Jorge de pie al lado de su amigo.

—Una cerveza.

—Ahora vengo. —Le sonrió mientras se dirigía a la barra.

Paseó la mirada por las personas que estaban en aquel pub; era curioso cómo aquel ambiente podía reunir a gente tan variopinta. De pronto se quedó clavado en su asiento. En el otro extremo del local, vio a Elisabeth en actitud muy cariñosa con un chico moreno; éste se volvió para hablar con ella y así pudo verle bien la cara. No podía ser. No podía tener tan mal ojo para elegir novio. Elisabeth estaba saliendo con lo peorcito de Madrid, con ese chaval que tenía a sus espaldas tantísimas denuncias. Se agarró a la mesa, con ganas de cogerla y llevársela de allí lo antes posible, lejos de ese tipo que le acariciaba la pierna. Debía separarla de ese tipejo, no era buen ejemplo para ella. Podía meterla en su mundo y eso sería horrible.

—¿Qué te está pasando, Elisa? —preguntó Yolanda cuando vio entrar a hurtadillas a su amiga en la casa.

—Nada —susurró ella aguantándose la risa. Iba con los zapatos de tacón en la mano y el vestido negro todo arrugado; el pelo lo tenía revuelto y pegado a la cara.

—Cierra la puerta, tenemos que hablar —comentó en tono serio.

—Buf... Tengo sueño. Hablamos después, ¿vale?

—No, esto no puede seguir así. Me tienes muy preocupada. Desde que sales con Javi eres otra persona, casi ni te reconozco.

—Pues soy la misma —informó dejándose caer en su cama; la habitación de su amiga tenía una cama nido y ella dormía en la de abajo.

—¿No te ves? Sales todos los días, llegas por la mañana de hacer a saber qué. Hueles a humo y a alcohol. Estás más irascible. Incluso has perdido el trabajo por llegar tarde y no atender tus obligaciones. No puedes seguir así.

—Reconozco que perder el trabajo fue un fallo, lo sé. Y seguiré buscando hasta encontrar otro. Pero, Yoli, ¿qué tiene de malo que me divierta? Lo necesito —murmuró tumbada boca abajo, mientras se peleaba consigo misma por no caer dormida.

—Elisa, te lo tengo que decir... no me gusta Javi —confesó Yolanda.

—Mejor, a la que tiene que gustarle es a mí. —Sonrió.

—Sabes a lo que me refiero...

—Lo sé, pero me da igual lo que pienses. Me divierto con él y hace que mis problemas se desvanezcan.

—¿Te has acostado con él? —preguntó arrugando la nariz.

—Yoli, llevo saliendo con Javi más de un mes. Por supuesto que ha habido sexo. —Elisa sonrió.

—¿Es mejor que Pablo en la cama? —preguntó molesta con su

amiga.

—No me recuerdes a esa persona —susurró dolida.

—Esa persona le da mil vueltas a ese tiparraco con el que estás saliendo. Ándate con ojo, no me gusta nada lo que estoy viendo...

—¿Y qué estás viendo? —preguntó Elisabeth alzando la voz.

—Que te estás metiendo en algo con lo que no quiero tener nada que ver... —murmuró seria.

—¿Qué me estás insinuando? —repuso a la defensiva.

—No te insinúo nada, te lo digo bastante claro: no quiero que vayas por ese camino, si no...

—¿Me echarás de tu casa? —Se levantó de la cama alterada—. No eres la primera que lo hace; además, te digo una cosa: no voy a esperar a que lo hagas, me voy yo.

—Elisa, no seas tonta.

—No, Yoli, no lo soy. Pero estoy hasta el moño de que todo el mundo me diga lo que tengo y lo que no tengo que hacer —comentó cogiendo su maleta y abriéndola para meter sus cosas.

—Elisa, no te vayas. Quiero ayudarte, quiero que comprendas que te estás metiendo en un embrollo. Necesitas ayuda y yo...

—No, Yoli, no necesito ayuda. Me valgo por mí misma. Tranquila, estaré bien. Sé que Javi se pondrá loco de contento cuando le comente que voy a vivir con él.

—¿En ese piso cochambroso? —preguntó Yolanda con cara de asco.

—Sí, pero por lo menos es suyo y no de sus padres —murmuró enfadada para herirla.

—No te vayas con él, por favor...

—Lo siento, Yoli. Veo que aquí te molesto y me marcho con quien de verdad me quiere.

Cerró su maleta y salió de la habitación, dejando a su amiga contrariada y triste por lo que acababa de pasar. Caminó con rumbo fijo a casa del que era ahora su novio, ese chico que siempre estaba pendiente de ella, que la cuidaba y la ayudaba a diluir sus problemas. Con él había descubierto otro mundo, uno más divertido y peligroso. Estaba probando cosas nuevas, sustancias que la ayudaban a borrar el pasado y a divertirse. Sabía que se estaba metiendo en un ambiente distinto al acostumbrado, pero no le importaba nada. Se sentía a gusto con Javi, era muy bueno con ella, la escuchaba y la consolaba. Hacía que se olvidara por un rato de él,

de ese hombre que llevaba clavado en su corazón. Le había enseñado otra clase de diversión, una que lograba hacer desaparecer todo aquel dolor y sufrimiento. Al principio fue el alcohol; se emborrachaban hasta perder la cordura y el sentido. Ahora empezaba a tomar otras sustancias que jamás pensó que pudiera probar. Le hacían desinhibirse, divertirse sin pensar más allá del momento presente. Ayudaba a que doliera menos el recuerdo, siempre latente, de ese guardia civil que la había traicionado.

—Hola, chorbita —saludó Javi cuando le abrió la puerta a Elisabeth.

—Vengo a quedarme, chato —comentó ésta con una sonrisa mientras le daba un rápido beso en los labios.

—Deseaba que llegara este día —dijo cogiéndola de la cintura y atrayéndola hacia él; con la pierna cerró la puerta.

Se sentía mareada y aturdida, no sabía qué hora era ni en qué día estaba. Como pudo, se levantó del envejecido sofá verde militar; sobre él aún dormía Javi. En la mesilla del centro habían dejado todas las evidencias de lo que se habían tomado horas atrás. Tambaleándose, llegó al único cuarto de baño, abrió el grifo de agua fría y se lavó la cara para despejarse. Se miró en el espejo mohoso y resquebrajado; no tenía buena cara, había adelgazado varios kilos y sus labios habían perdido ese color rosáceo natural, los tenía blanquecinos. Sus ojos, enmarcados en grandes ojeras, habían dejado de ser tan brillantes y el azul claro se había convertido en un gris opaco. El pelo lo tenía sucio y pegado al cogote, daba asco. Sin pensar mucho en lo que iba a hacer, salió de ese piso mugriento; necesitaba respirar aire fresco, el ambiente allí estaba demasiado cargado. La luz del sol hizo que le dolieran los ojos; como pudo, cambió de acera para no tenerlo enfrente. Se puso a caminar, sin saber adónde, sólo por placer. La gente la miraba de manera poco amistosa e incluso se apartaban de ella, algo que a Elisabeth no le importaba. Lo único que quería era despejarse, salir de esa cueva oscura en la que se había convertido el piso de Javi.

—Señorita Elisabeth —le dijo alguien a su lado; con una tranquilidad espantosa, se volvió para ver quién le había hablado.

—¿Quién eres? —preguntó arrastrando las palabras y perdiendo un poco el equilibrio.

—Me ha enviado su padre —susurró agarrándola del brazo para que

no se cayera al suelo.

—Puf... ¿Mi padre? —soltó entre risas—. ¿Y ahora qué quiere?

—Quiere que deje de ver a ese chico, quiere que deje el alcohol y las drogas. La están destruyendo —le comentó aquel hombre de unos cincuenta años, con gafas de sol y aspecto serio.

—¿Ahora se preocupa por mí? —Se rio—. ¿O no quiere que nadie me reconozca para no humillarlo?

—Desde que se vino a España sola, ando vigilándola; él está al corriente de todo lo que está haciendo. Le puedo asegurar que se preocupa mucho por usted. Hoy me ha enviado a que le diga que vuelva a casa, quiere que venga conmigo a Luxemburgo. Allí la podrá ayudar, la podrá apartar de este mundo tan peligroso.

—Dile a mi padre que estoy bien. ¡Más que bien! Estoy de puta madre. —Se rio de sus propias palabras—. No me hace falta ayuda de nada ni de nadie.

—Pero ¿ha visto cómo ha salido a la calle? —preguntó el espía señalando su atuendo.

—¿Qué tiene de malo mi ropa? —repuso mirándose los pies descalzos.

—Va como una andrajosa. La camiseta está rota y sucia; los pequeños pantalones que lleva están llenos de agujeros de cigarrillo, y va descalza —le informó detallándole su aspecto.

—Puf... A mí plin —dijo entre carcajadas—. Dile a mi padre que no voy a volver nunca más a Luxemburgo —susurró apartándose de él.

—Su padre me ha dado una orden y debo cumplirla. Tiene que venir conmigo, le guste o no —le susurró en tono conciliador.

—Mira, mi padre ya ha perdido el derecho de obligarme a hacer nada. Como me toques o intentes llevarme en contra de mi voluntad, formo aquí un pitote que viene hasta la policía. Dile a mi padre que me deje en paz, si no, iré con estas pintas a cualquier revista o televisión y les diré quién soy, para que me vea todo el mundo de esta guisa. ¿De acuerdo? —expuso acalorada; el espía levantó las manos en señal de rendición. No quería que esa situación saliera a la luz pública.

—Tenga cuidado, señorita. Las drogas son peligrosas y usted está jugando con fuego —le advirtió el hombre viendo cómo reanudaba su paseo mientras se tambaleaba de un lado para otro.

Siguió caminando, no estaba cansada, se notaba con fuerzas

suficientes para andar y andar sin parar. De repente se detuvo en mitad de la calle, sin previo aviso; un viandante tuvo que esquivarla para no toparse con ella. «¿Acabo de hablar con un espía enviado por mi padre?—se preguntó dándose cuenta al fin—. ¿O ha sido todo un sueño?» Miró el cielo; por el color de éste pudo deducir que era por la tarde. Se dio la vuelta y deshizo su camino. Esto se le estaba escapando de las manos. No sabía por qué se sentía así de extraña, hacía un momento estaba tranquila, todo le daba igual. En ese momento, la avergonzaba haber salido con esas pintas tan horribles a la calle, se culpaba de tener a su padre tan preocupado, hasta tal punto que le había enviado a un espía; se ahogaba al pensar en qué se estaba metiendo. Estaba nerviosa, frenética, una oleada de calor subía por su cuerpo, las piernas empezaban a fallarle más de la cuenta, sus manos le sudaban y su visión comenzaba a nublarse. Necesitaba llegar cuanto antes al lado de Javi... él sabría qué hacer, debía quitarse estos pensamientos, no quería sentirse culpable, no podía recordar todo lo que estaba haciendo. Su cuerpo cada vez le pesaba más, era como si de repente se hubiera quedado sin pilas o se le hubiese acabado la batería. Creía que iba a desmayarse en mitad de la acera. Por fin pudo ver el portal y, casi a rastras, llegó a su destino.

—Javiiiiii —murmuró entrando mientras se daba golpes con las paredes.

—¿Qué quieres? —preguntó él desde el sofá.

—Algo me pasa... Me siento rara, no sé lo que es —informó mientras se deslizaba hasta caer al suelo.

—¿Dónde estabas? —Se levantó para verla; estaba apoyada en la pared, sentada en el sucio suelo.

—Me he ido a pasear; estaba bien pero ahora me late demasiado rápido el corazón, tengo ganas de llorar porque mi vida es una mierda, porque no sé qué estoy haciendo con ella y...

—Toma, chorbi, esto hará que te encuentres mejor —comentó con tranquilidad, pasándole un espejo con un polvo blanco sobre él.

—Pero ¿eso no hará que empeore? —planteó asustada mientras de sus ojos se deslizaban las lágrimas sin control.

—No, bomboncito. Esto hará que te olvides de todo. —Sonrió y se lo acercó.

Elisabeth lo cogió con manos temblorosas y, observando la cara de seguridad de Javi, lo esnifó por completo; eso la dejó paralizada, con los

ojos fijos en la pared de enfrente. Habían desaparecido los nervios, el dolor y la culpa.

Se levantó como todas las mañanas; desde hacía casi dos meses lo hacía de manera automática. Se preparó para ir al trabajo; estaba exhausto, debía empezar a dejar de buscarla, no podía seguir con ese ritmo: durante el día, trabajaba, y por la noche, intentaba localizarla. Se sentía mal, no podía hacer nada... ella no quería verlo, no quería que le hablara ni que la ayudara. Era increíble cómo esa chica se le había metido tan adentro; sabía que era absurdo sentirse así, pues no la conocía desde hacía mucho. Hacía ya tiempo que había dejado de cuestionarse. La quería, eso era un hecho irremediable, y deseaba que no le pasara nada y menos cuando él podía hacer algo para ayudarla.

Llegó al cuartel; por lo menos allí se podía evadir un poco de la angustia que sentía al saber que Elisabeth estaba en un peligro constante.

—Pablo, ven —dijo Jorge en cuanto lo vio entrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañado por la cara de preocupación de su amigo.

—Acompáñame —pidió mientras se volvía y comenzaba a andar.

Pablo lo siguió. Iban hacia el fondo del cuartel, donde se encontraban las celdas de castigo para las personas que apresaban; estaban allí hasta que pasaban a disposición judicial, momento en que los fichaban y decidían si debían pasar algún tiempo en la cárcel o no. Miraba a su compañero, que tenía el semblante serio; debía de ser algo importante lo que quería decirle. Estuvo caminando a su lado sin hablar, hasta que llegó a una de las tres celdas que tenían dispuestas en el cuartel de la guardia civil. Pablo se quedó paralizado; miraba y miraba sin pestañear.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó en un susurro.

—Anoche la cogieron, la pillaron vendiendo droga por Lavapiés; la dejaron tirada cuando vieron a la Guardia Civil...

—Joder. ¿Por qué no me llamaste anoche? —preguntó tocándose el

pelo, nervioso.

—Hace un par de horas que la hemos metido en la celda; sabía que ibas a llegar enseguida, por eso no te he llamado. La hemos fichado, sólo estará aquí unas horas más y la pondremos en libertad.

—No, Jorge, escúchame. Quédate aquí vigilándola, voy a hablar con el teniente Rivas. Tengo que comentarle una cosa y ahora mismo vuelvo. No le digas que yo sé que ella está aquí —comentó Pablo en voz baja.

—Tranquilo, me quedo con ella hasta que vengas.

—Gracias, colega—musitó dejándolo allí.

Tenía un plan, uno que debía consultar, no quería hacerlo a escondidas. Sabía que necesitaba el visto bueno de su superior, esto ya había pasado de castaño a oscuro. Elisabeth no podía continuar en esa línea y, que estuviera allí, era una señal para que él pudiera hacer algo por ella.

—Quería hablar con usted, teniente Rivas —le pidió mientras entraba en el despacho.

—Dígame, sargento.

—Es en referencia a la princesa Elisabeth... —susurró.

—Menudo lío tenemos encima. Primero fue la manifestación ilegal y, ahora, tráfico de drogas —señaló con gesto cansado—. He intentado hablar con la embajada de su país para poner sobre aviso a su padre y lo único que me han dicho es que no tienen constancia de que ella esté aquí...

—Mire, teniente. He tenido una idea para que la prensa no interfiera y para que ella empiece a recuperarse y volver a ser lo que era...

—Empiece a hablar. Lo último que quiero es que esto se nos vaya de las manos. No sé qué estará pasando por esa rubia cabecita, pero no quiero tener problemas con la monarquía ni con la embajada de Luxemburgo.

—Quiero llevármela a mi casa, para poder ayudarla a salir de las drogas —explicó Pablo.

—¿A su casa? Pero eso es una locura. Podríamos tener aún más problemas.

—Escúcheme: ella ya ha estado en mi casa, en varias ocasiones... —musitó.

—¿Cómo? No le entiendo —comentó el teniente mirando a su hombre de confianza—. ¡Ah! ¿Usted y ella...? —preguntó cayendo en lo obvio.

—Sí.

—Pero ahora no están...

—No.

—Ah... —susurró pensativo.

—Sé que la puedo ayudar. Conmigo estará bien; lo único que necesito es que me dé el visto bueno.

—Si acepto, será bajo su responsabilidad —comentó con seriedad.

—Lo sé.

—¿Aun así está dispuesto a ayudar a esa chica?

—Sí, se lo debo.

—Visto que en la embajada no me hacen ni caso, y que creo que sería una irresponsabilidad por nuestra parte dejarla de nuevo sola con esos antecedentes, considero que lo mejor es que esté con usted... Hablaré de nuevo con ellos para que sepan dónde va a estar la princesa, quien, según ellos, continúa en la casa ducal, y que hagan lo que crean oportuno.

—Gracias, muchas gracias. Quería pedirle otra cosa... necesito que me dé vacaciones ya —dijo con una sonrisa.

Salió con paso decidido del despacho del teniente Rivas; estaba satisfecho con lo logrado, por lo menos podría tener la conciencia tranquila y ayudar a esa muchacha; daba igual que ella ya no lo quisiera, al menos podría subsanar sus errores.

—Jorge, prepara a nuestra invitada de lujo, que me la llevo a dar un paseo. Necesito tu ayuda —comentó cuando llegó a la zona de celdas.

—Sabes que puedes contar conmigo, lo malo es que nuestra invitada no quiera cooperar... —musitó mirándola de reojo.

Elisabeth se encontraba tirada en el suelo, con las manos colgando de las rejas y la cabeza apoyada en ellas; su aspecto era deplorable.

—Bueno, piensa que nosotros somos dos y ella, una. —Sonrió con determinación acercándose a Elisa—. Vamos, rubia, levanta.

—¿Qué haces tú aquí?! —gritó molesta.

—Te recuerdo que trabajo aquí —comentó con tranquilidad.

—Jorge, te he pedido que no le dijeras nada. ¿Por qué me has hecho esto? —soltó Elisabeth a punto de echarse a llorar.

—Lo siento, Elisa. Ha sido una orden del teniente —improvisó Jorge.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó mientras se levantaba con esfuerzo.

comentó sentándose a su lado.

—¡No! No es verdad. Él me quiere... yo lo quiero... somos felices — dijo entre resoplidos, sin parar sus movimientos, sin detener su balanceo.

—Escúchame bien, Elisa —exigió Pablo cogiéndola de los brazos—: si él te quisiera, no te habría dejado sola, no habría huido como una sucia rata de alcantarilla cuando apareció la Guardia Civil. ¿Es que no lo ves? No le interesas, te ha usado para que vendieras droga, para que el paquete le cayera a otro y no a él.

—No, no es verdad... Me tengo que ir, me estará buscando — comentó levantándose con dificultad de la cama—. Necesito estar a su lado, así estaré mejor, me encontraré mejor. Si...

—Te has convertido en una yonqui, Elisa —confirmó con tristeza Pablo.

—No digas tonterías... Quiero irme, me voy a ir —sentenció mientras, apoyada en las paredes, caminaba hasta la puerta de la calle.

—Lo siento, Elisa, pero no puedes hacerlo—musitó él siguiéndola.

—Claro que puedo. Mira cómo lo hago —comentó intentando abrir la puerta—. ¡¡Está cerrada!! —exclamó entre asombrada y furiosa, con los ojos muy abiertos.

—Sí, te he dicho que no puedes irte. Ahora estás bajo mi responsabilidad.

—¡Y una mierda! Yo me voy aunque me tenga que tirar por la ventana —saltó como una loca Elisabeth empujando a Pablo.

—Óyeme bien, Elisa. Quieras o no, te voy a ayudar a salir de las drogas. Te guste o no, vas a tener que verme todos los días y a todas horas. ¿Sabes por qué? Porque me niego a ver cómo destruyes tu vida delante de mis narices.

—¿Y a ti qué más te da que yo haga con mi vida lo que me dé la gana? ¿Acaso es tu vida? ¡No! Pues déjame morir, si es lo que quiero.

—No digas eso ni en broma. Sé que tienes problemas, sé que en parte es por mi culpa. Pero no quiero verte así. Elisa, tú no eres así. Eres la vitalidad en persona... tú hacías que yo viera mi vida de manera distinta y ahora eres la sombra de todo aquello.

—Joder, Pablo, no. No quiero estar contigo aquí encerrada. ¡No! No puedo soportar verte, no puedo soportar escucharte... ¡¡Duele!! — exclamó en un sollozo.

—Es bueno que duela, significa que aún sigues viva —susurró

intentando acercarse para abrazarla.

—¡No me toques! No quiero notar tu piel... Necesito ver a Javi — dijo nerviosa—. Lo necesito, llámalo. Él sabe qué me sucede y enseguida me dará algo para que todo esto pase, para poder dejar de sentir esta presión en mi pecho. Sí, enseguida estaré bien y no pensaré, ni dolerá ni nada. Corre, Pablo, guapo. Hazlo por mí —musitó en tono meloso.

—No, rubita mía. Vamos a pasar el mono tú y yo juntitos. Ven, volvamos a la cama —comentó con serenidad.

—¡Que no! ¿Es que no me escuchas? ¡¡¡Quiero que venga Javi!!! — gritó desafiándolo.

Pablo sonrió y negó con la cabeza, iba a ser un día muy largo. La dejó gritar mil veces, insultarlo con palabras nunca pronunciadas por esa boca, la dejó llorar, pegar frustrada su torso, gritar el nombre de otro... Lo aguantó todo, impasible, sin alzarle la voz; con palabras cariñosas le explicaba lo que le estaba ocurriendo, que su cuerpo necesitaba esas sustancias, que debía pasar ese calvario para poder curarse, para poder volver a ser ella. Elisabeth estaba sudorosa, fuera de control; le dolió verla así, pero era preciso para su recuperación. Al final se quedó dormida en el suelo, la volvió a coger en brazos y se la llevó a su cama.

Aquel día lo pasó así, entre gritos de ella y silencios de él. A la mañana siguiente, la obligó a ducharse. Ella no quería, pero, sin darle opción a réplica, la cogió en brazos y se la llevó a su aseo. La desnudó mientras Elisabeth lo insultaba y le daba puñetazos, casi sin fuerza, en la espalda. Abrió el grifo de agua fría y la metió de golpe. Sus alaridos se oyeron hasta en la calle. Después, poco a poco, fue templando el agua. La enjabonó con dulzura, quitándole toda esa suciedad, dejándola limpia. Le enjabonó con esmero su preciosa melena rubia. Elisabeth, al final, optó por callarse; no conseguía nada gritando y luchando. Después la envolvió con cuidado en una esponjosa toalla, le desenredó el cabello y la vistió con la ropa nueva que le había comprado. La miró; estaba callada, mirándose en el espejo, con los ojos fijos en ella misma. Con cuidado, la ayudó a levantarse y se la llevó al salón, la sentó en el sofá y se fue hacia la cocina a prepararle algo de comer. Necesitaba alimentarse; estaba muy débil y demasiado delgada. Le preparó un sándwich, algo ligero para empezar; su estómago no estaba muy acostumbrado a comer. Elisabeth, al

verlo, lo devoró con ansias.

—¿Qué tienes pensado hacer conmigo? —le preguntó en voz baja.

—Cuidarte —susurró sentándose a su lado.

—¿Y ya está? —preguntó confusa.

—De momento, sí.

Pablo sonrió mientras se llevaba el plato y el vaso a la cocina.

Los días pasaron con la misma rutina: él la ayudaba en todo, siempre estaba a su lado, sin quejarse, sin decir ninguna palabra fuera de lugar. Ella era una montaña rusa de emociones: o estaba en calma o estallaba con furia. Con el paso de los días comenzó a sentir menos esa necesidad insana. Se sentía cada vez con más fuerzas. Pablo se preocupaba siempre de su alimentación, de que comiera para recuperar el peso perdido. Muchas noches se despertaba con terribles pesadillas, llorando con desconsuelo; él la abrazaba y le susurraba palabras al oído para que ella se calmara y volviera a dormir. Dormían juntos, uno al lado del otro, pero nunca se propasó con ella. Incluso, al principio, Elisabeth lo buscaba para poder salirse con la suya, para poder escapar de allí y volver a ese mundo de desfase. Él la rechazaba con educación, alegando que le dolía la cabeza o cualquier otra cosa que se le ocurriera. No se separó de ella en ningún momento. Jorge lo ayudaba haciéndole la compra en el supermercado y así Pablo no tenía la necesidad de salir a la calle.

La luz del sol entraba en la habitación; abrió los ojos, consciente por primera vez de su entorno. A su lado dormía Pablo; lo miró y sonrió. Se levantó con cuidado y se fue hacia el cuarto de baño, se mojó la cara con abundante agua fría, hacía calor. Se quedó quieta, helada por la imagen que el espejo le devolvía; algunas gotas de agua caían por su mentón. Era ella. Sí. Se reconoció al fin. Se tocó, incrédula, el rostro; sus mejillas habían vuelto a tener ese color rosáceo, sus labios ya no estaban blanquecinos, sus ojos seguían siendo azules, su cabello estaba sedoso... De sus ojos cayeron incontrolables lágrimas; era como si su cerebro se hubiera vuelto a reactivar, como si todo ese tiempo lo hubiera tenido adormilado.

—¿Elisa? —preguntó Pablo desde la cama; se levantó de un salto y fue a buscarla—. ¿Qué te pasa? —susurró al verla.

—Pablo, yo... —murmuró abalanzándose a él para abrazarlo—. Lo siento tanto, tanto... No sé qué me pasó, no lo sé.

—Ya está, preciosa. Estoy aquí contigo —le susurró al oído mientras la estrechaba con fuerza.

—¿Javi se ha preocupado por mí? —preguntó con curiosidad. Pablo se separó de ella molesto por oír de nuevo ese nombre, creía que eso ya estaba olvidado.

—Tu queridísimo y perfecto novio está haciendo caja contigo. Desde que alguien se fue de la lengua y contó que te habían apresado, Javi se enteró de quién eras y anda vendiendo fotos de ti en situaciones bastantes embarazosas —contó Pablo saliendo del cuarto de baño y regresando con una revista del corazón para enseñársela.

Elisabeth la cogió entre sus manos temblorosas; en primera página, estaba ella demacrada, andrajosa, sonriendo al objetivo mientras sujetaba una botella de vodka y orinaba en el váter. Se quedó petrificada; aquello era peor de lo que creía, ya había salido en la prensa. Pensó en su familia, en la vergüenza que deberían de estar pasando. Lo miró con los ojos muy abiertos, con el rostro sonrojado. Se sentía mal, culpable de todo eso, de su cabeza loca, de ser tan impulsiva y dejarse llevar por el camino fácil, ese que le estaba trastocando la vida, ese que por poco le hace perderse como persona. Lo miró a esos ojos oscuros que había añorado y se dio cuenta de muchas cosas al hacerlo. Un suspiro le salió desde dentro; Pablo, desde hacía mucho tiempo, sabía quién era en realidad y nunca lo había usado para su beneficio. Aún más, la había ayudado como nadie en este mundo. Había conseguido sacarla de ese círculo vicioso en el que se había convertido su vida.

—Pablo, lo siento...

—¿Por qué? ¿Por nombrarme al malnacido de tu novio?

—No, por usar a la persona equivocada para olvidarte —comentó con tristeza.

—Elisa —musitó acercándose a ella y rodeándola con sus fuertes brazos—. El que te tiene que pedir perdón soy yo —susurró en su oído—. Lo siento tanto... Me odio a mí mismo desde entonces, por no pensar mejor las cosas e intentar olvidar tu recuerdo con la primera que se me cruzó.

—Pablo... Javi nunca ha significado nada para mí, lo he utilizado para no acordarme de ti, para que me ayudara a dejar el dolor que sentía al

no tenerte cerca...

Les sobresaltó el timbre de la puerta; se miraron confusos; desde que ella estaba allí nadie había ido de visita. Pablo se fue hacia el telefonillo y averiguó quién era; con gesto serio se volvió y la miró.

—¿Quién es? —preguntó asustada por su semblante.

—Tu padre.

—Voy a cambiarme de ropa...—musitó asombrada de su visita.

Se fue a la habitación de Pablo, se quitó el pijama y se puso un pantalón vaquero y una camiseta; luego se cepilló el pelo. Estaba asustada por la visita de su padre, no entendía qué hacía él allí. Al ver de nuevo la revista sobre el lavabo, supuso que acudiría a reprocharle su conducta. Se esperaba una buena reprimenda... Al llegar al salón, él ya estaba allí, de pie junto al aparador del televisor, mirando con gesto serio a Pablo. Éste estaba relajado; cuando su padre se fuera, quería seguir hablando con él, sobre ellos...

—Hola, padre —saludó con seriedad.

—Te encuentro mejor, hija... —señaló mirándola detenidamente—. Mucho mejor...

—Lo estoy.

—Supondrás a lo que vengo, ¿verdad? —preguntó con sequedad.

—No...

—Te vas a venir conmigo a Luxemburgo, creo que ya has jugado bastante en este país.

—Padre, no quiero marcharme.

—Me da lo mismo lo que desees. He dicho que vuelves conmigo y lo harás. No hay más que discutir.

—Padre, sé que lo he hecho mal. Sé que he puesto en peligro la corona. Lo siento, lo siento muchísimo.

—Tú no sabes nada. Quería darte un escarmiento, pero me lo has dado tú a mí. No sabes cuánto me dolía cuando mis informadores me enseñaban fotos de ti haciendo cosas que espero olvidar pronto; ver cómo, poco a poco, te iba perdiendo. No sabes lo mal que lo pasé cuando hablaste con mi hombre de confianza, a quien le pedí que te llevara a casa para poder ayudarte a salir de todo eso, y él me contó que tú, mi hija pequeña, lo había amenazado a él.

—Lo siento tanto... —sollozó Elisabeth.

—Cuando me enteré de que te habían cogido al fin, que te iban a

meter en la cárcel, me alegré. Sí, lo reconozco, porque quería que te asustaras y que volvieras con nosotros. Pero alguien metió la nariz en medio —comentó mirando con seriedad a Pablo, que estaba expectante mientras escuchaba lo que él decía—. Estuve a punto de venir ese mismo día, pero le di un voto de confianza a este hombre. —Hizo una pausa, los miró a los dos y suspiró—. Estoy en deuda contigo, Pablo. He hablado con tu superior y me ha contado maravillas de ti. Gracias por ayudar a mi pequeña, gracias por volver a traerla de nuevo con nosotros.

—No hace falta que me dé las gracias; no lo he hecho por usted, sino por ella —sentenció Pablo en tono seco.

—Lo sé, me has demostrado que te importa. —El gran duque sonrió.

—Más que eso: la amo —afirmó Pablo mirando a los ojos de Elisabeth.

Ella creyó estar en el cielo y tocar el paraíso con los dedos: acababa de escuchar a ese hombre que la había cuidado y le había aguantado todas sus rabietas, que le había limpiado toda la porquería que llevaba encima, que había soportado que lo insultara... que la amaba. A ella. Se lo había dicho delante de su padre, de ese hombre que había intentado casarla con otro, de ese que le había mentado para que se olvidara de ella, de ese que no quería oír hablar del amor.

—Padre, no pienso volver a Luxemburgo —susurró perdiéndose en la oscuridad infinita de los ojos de Pablo—. No puedo separarme de él, no puedo vivir sin tenerlo cerca... Lo quiero, siempre lo he querido y siempre lo querré, es lo mejor que me ha pasado en la vida. —Se acercó a él y lo cogió de la mano; Pablo, al notarla, se la estrechó pletórico.

—Querida, me hubiera encantado verte prometida con un conde, pero, si no tengo más remedio que conformarme con un plebeyo, prefiero a éste, que sé que te quiere a ti y no a nuestro dinero —murmuró con resignación—. Eso sí, aquí no podéis seguir. Elegid destino, donde vosotros queráis, y os iréis. Necesito saber que estás segura y que la prensa no te acecha. Al fin y al cabo, eres una princesa, te guste o no. —Sonrió.

—Entonces ¿aceptas que esté con Pablo?

—Sí, me ha demostrado que es un buen hombre, que sabe cuidarte.

—¡Oh, padre! —exclamó emocionada.

—Tenéis el día de hoy para pensar adónde os vais a ir. Mañana quiero veros fuera de este piso de mala muerte —comentó mirando la casa de

Pablo con cara de asco—. Espero tu llamada, querida.

El gran duque se acercó a su hija, y le dio un beso en la frente, y le ofreció la mano a Pablo, el cual se la estrechó con gusto. Se despidió y los dejó de nuevo solos.

—No me lo creo... —susurró emocionada Elisabeth—. Pablo, ¿estoy soñando?

—No, preciosa. No estás soñando... —Sonrió mirándola con dulzura.

—Pablo, me da igual irme a donde sea si tú estás a mi lado, es lo único que me importa. Me has demostrado tantas cosas en estos días que me has tenido encerrada...

—Elisa, amor mío, te quiero. No me importa que seas princesa, que tu padre sea un ogro, que seas más rica que yo, que te hayas ido con otro, que hayas tenido problemas... Me da igual todo eso. Porque te amo sin más. Eres la razón de mi existencia; desde que te conocí no he dejado de pensar en ti. Quiero compartirlo todo contigo, lo malo y lo bueno. Rubita mía, si tú quieres, no te dejaré escapar nunca más.

—No me dejes escapar, sin ti no soy nada.

Pablo se aproximó y, acariciándole la nuca, la acercó a él y la besó con pasión, saboreando sus labios suaves y jugando con su lengua. Deseaba que el tiempo se parara en aquel instante mágico, cuando el amor los envolvía en su manto, creando el precioso recuerdo de su unión. Cuando el amor es de verdad, se pueden superar todas las barreras dictadas por el hombre, porque el amor es la mayor fuerza que poseemos.

Al día siguiente los esperaba un coche blindado con las ventanillas ahumadas. Se subieron sin ser vistos por nadie y se dirigieron, cogidos de la mano, hacia su nuevo destino, una isla con encanto, un sitio donde seguir con su historia de amor sin ser espiados; se fueron rumbo a Mallorca. Desde entonces no han vuelto a separarse y se aman cada día más. Jorge y Yolanda, cuando pueden, van a visitarlos a la preciosa casa con vistas al mar Mediterráneo. Pablo no ha dejado de trabajar en lo que realmente le gusta, ser guardia civil, y Elisabeth ha retomado sus estudios de Derecho. Siguen sus vidas un poco al margen de la casa real. De vez en cuando viajan a Luxemburgo, para asistir a algún evento que requiere su presencia. Pero intentan pasar desapercibidos, prefieren el anonimato; les encanta pasear cogidos de la mano por las blancas arenas de las playas de Mallorca, sin ser fotografiados por nadie, sin ser perseguidos por ningún

periodista. Sólo ellos dos y su gran amor.

Agradecimientos

Gracias, amor mío, por estar siempre a mi lado, por comprenderme, por alentarme a seguir, por animarme cuando lo necesito. Sin ti, esto sería terriblemente difícil. ¡Te amo!

A mis hijos, gracias por hacerme reír, por ayudarme a ser cada día mejor madre. ¡Os quiero con locura!

Gracias a mi gran familia, por vuestras palabras de ánimo. A mi madre y a mi tía Esther, por ayudarme tanto en esta historia. A las mamis del cole, por vuestro apoyo y por ser siempre las primeras en comprar mis libros para luego comentarme qué os han parecido. ¡Sois fantásticas!

No me puedo olvidar de esas maravillosas personas a quienes trato sólo a través de las redes sociales, aunque, poco a poco, voy empezando a conocerlas personalmente; me hacen llegar su cariño y afecto. Gracias a todas las integrantes de mi grupo de lectoras, a mis chicas Cococala, a las Indasex, a mis chicas del norte... A todas vosotras, gracias por estar a mi lado. En especial a Beatriz, Marta, Estefanía, Susana y Susy; gracias, chicas, por todo. Por ser como sois, por vuestras palabras y por todo vuestro cariño. ¡Sois la bomba!

Por último, pero no por eso menos importante, quiero agradecer a Esther Escoriza, mi editora, su cariño y sus palabras de aliento; gracias por confiar de nuevo en mí y por ofrecerme esta fantástica oportunidad. También quiero agradecer al grupo Planeta todo su trabajo, las preciosas portadas que diseñan y el pulido que hacen de nuestros textos para que queden perfectos.

Gracias a todos vosotros por hacer que mis sueños se hagan realidad, sin vosotros esto no existiría.

¡¡Gracias!!

Loles López

Biografía



Loles López nació un día de primavera de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y su juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral siempre ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el cual conoció al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña su pasión ha sido la escritura, pero no fue hasta el año 2013 cuando se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí* y *Perdiendo*

el control.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:
www.loleslopez.wordpress.com

Ámame sin más
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, Svyatoslava Vladzimirska –Shutterstock
© Loles López, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: julio de 2015

ISBN: 978-84-08-14323-9

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com